7
23
51
2

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII San José, Costa Rica **1951** Jueves 15 de Marzo Nº 4

002894

Año XXXI — No. 1124

La autobiografía que Andersen escribió y las historias que se han escrito alrededor de su persona y obra, forman otra novela dentro de los romances, poemas y cuentos de que fué autor; quizás la gran novela que anheló escribir siempre, y que nunca le fué dado hacerlo. No es menos interesante el mismo abuelo dinamarqués contador de encantadores ovillos de relatos que cualquiera de los personajes de esas obras que conmueven al mundo de la niñez.

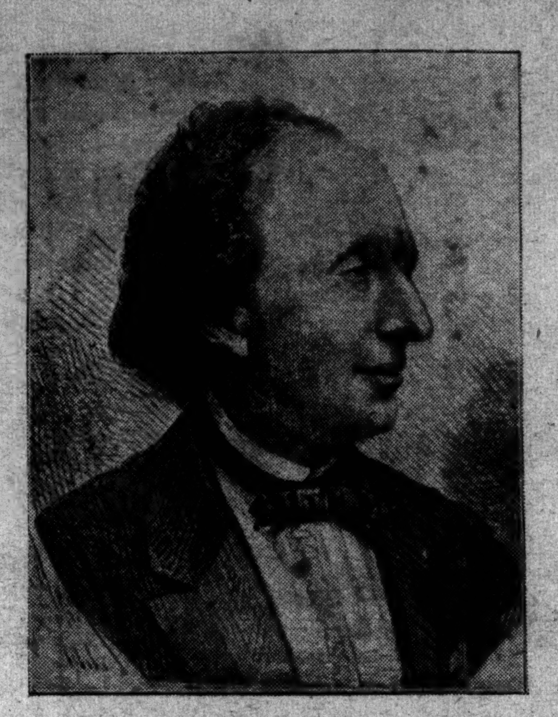
Hay que empezar por decir que Hans Christian Andersen comenzó por fabricarse, vestir y animar, un teatro de títeres, cuando ya a los once años, no pudiendo ir más a la escuela por la muerte de su padre, el buen zapatero remendón siempre enfermo, con quien vivía en el mismo cuartito, en la pequeña ciudad-jardín de Odense, en la isla de Finen, una de las islas que por centenas forman a Dinamarca, tuvo que realizar sus propias ideas para seguir adelante. Lo extraordinario es que aquel chico interpretaba con sus fantoches dramas de Shakespeare, nada menos. Sus padres, tachados de demasiado indulgentes y supersticiosos, dejábanlo —a falta de alimentos y comodidades— pues su miseria era cruel, dar vuelo a su imaginación. Por 1819 llegó para el chico la crisis vital: las gentes prácticas que no lo dejaban morir de hambre, resolvieron dedicarlo a sastre, en tanto que Hans empeñábase en cantar trozos de ópera. Del conflicto saltó el primer viaje a la capital danesa donde por ocho años deshilvanó penosamente una bohemia mísera, a pesar de contar entre amigos al director del teatro real, Jhonas Collins, a los grandes actores Weyse y Siboni, y al poeta Guldberg. Faltóle la voz para tenor, y las piernas para bailarín, cuando le dieron oportunidades; devoró hambres dignas de Knut Hamsum, y al cabo de esta etapa, alcanzó no se sabe cómo una pensión real para estudiar ¡gramática! en Slagelse. Sus estudios en 1827. Elsinore, el castillo de Hamlet, produjeron al final de sus años el drama *Ser o no ser*. Esos fueron los rudos años de su vida, confiesa en su autobiografía; y por ello su primer libro en 1822, desenterraba espíritus de sus tumbas en Palmatoke. Cierta vez, en el peor de esos tiempos juveniles, gastó la única moneda que poseía en comprar una de las novelas románticas de Walter Scott y leyéndola "olvidó el hambre y el frío y se sintió feliz".

A los veinticuatro años comenzó a saborear las mieles del éxito. El sufrido muchacho excéntrico y vivaz, publicó dos libros que llamaron sobre él la atención: una *Jornada a pie del Canal Holman a la Punta Este de Amager* y un tomo de versos. Los libros se vendieron por su chisporroteo imaginativo, y cuatro años más tarde el poeta tuvo lo suficiente para lanzarse por los caminos de Europa. En los montes del Jura comenzaron a hablarle aquellos duendes y hadas, elfos y ondinas, que más tarde turbaron el seso a Heine y a Hoffmann. En 1834 volvió a tropezar con los fantasmas en Roma, mientras los filólogos Grimm, Bopp, comenzaban a exhumar de raíz las primitivas historietas sánscritas, germanas, medioevales.

ANDERSEN, el abuelo de los cuentos

Por *Humberto TEJERA*

(En *El Nacional* de México. D. F. Abril 3 de 1950)



Hans Cristian Andersen

Pero Andersen no tomó el camino de la erudición, ni de las excavaciones científicas, sino que apenas cabrilleaba en sus ojos una sugerencia ya tenía bastante para que funcionara el prodigioso teatro de marionetas que llevaba en su ánimo, familiarizado con todo lo gentil, maravilloso y poético, desde que ensoñaba al ritmo del claveteo de zapatos de su padre.

En adelante sus triunfos crecían con sus libros, aun cuando él se empeñara siempre en conquistar un dominio literario que era para otros, y ponía en segundo término las verdaderas musas que lo amaban: las Hadas. Publicó en 1835 la novela *El Improvisador*, y dos años después otra, *Sólo un Flautista*, a las que siguieron otras más, y el *Bazar del Poeta*. Ya en su país se le tomaba en cuenta; pero su fama mundial estalla a partir de 1838, con las series de *Cuentos de Hadas*, continuadas en 1845, y hasta vísperas de su muerte en 1872.

Andersen abrió para los niños todos del mundo, y para las generaciones futuras, las fronteras del País de las Hadas. Derrochador espléndido de las opulencias de la fantasía, se desquitó como nadie de las tristezas y frialdades dolorosas de su niñez pobre, agravada por ser un infante carente de atractivos físicos, que por su educación en la promiscuidad del cuarto único de un matrimonio proletario, tuvo siempre la apariencia campesina y las maneras desmañadas. El profesor Wallace Knight, que visitó la casita de Andersen en su pueblo natal, dice que la tradición local pinta al pobre grande hombre como un señor que provocaba risa en los mayores y miedo en los niños; esto era así hasta que comenzaba a relatar sus espléndidos e interesantísimos cuentos, pues entonces se transformaba en un mago: "todo se volvía encanto alrededor y la admiración y el amor abrían sus corolas a su paso". Llegó tiempo en que todas las puertas se abrían para recibirlo con agrado, y en que los niños pedían como premio oír "al abuelo Hans".

El poeta se confesó a sí mismo en el cuento del *Patito Feo*, aquel más feo de todos los patitos de la camada, que sufrió tantos desdenes y persecuciones durante su pequeñez, porque no se parecía a los otros; esto, precisamente, porque en vez de ser un pichón de pato, era un pichón de cisne. Así es la autobiografía de Andersen, que él supo con genial arte convertir en parábola que se lee en todas partes con emoción y dulce tristura. Muchos poetas-patos se han acercado después a beber en la fuente donde moja de iris sus aletas desmañadas el patito feo.

Uno de los cuentos, o más bien de las parábolas magníficas, de Andersen, es la del Niño Lisiado. Erase el hogar de un jardinero y su mujer, que tenían cinco hijos. El mayor, Hans, lisiado de nacimiento. Sufrían por ello los padres, excelentes campesinos, entregados a su labor ancestral y con un amor inseparable al suelo que prosperaba con su sudor. En una de las navidades, los señores dueños de la mansión a que pertenecían, repartieron juguetes a los niños. Al pequeño lisiado sólo le tocó un librito de cuentos, lo que los padres vieron con malos ojos, ante los útiles y hermosos regalos que habían tocado en suerte a los demás chicuelos. No engordará mucho con este manojo de papel nuestro chamaco, pensaban los padres. Pero he aquí que la vida espiritual del lisiadito se nutrió con este libro. Leyó él mismo aquellos cuentos a sus padres, y comenzó a humanizarlos. Más tarde, le hicieron otro regalo, aún menos costoso y útil, al chico: le trajeron un pajarito en su jaula. Lo cuidaba extremadamente el pequeño, mas cierto día el gato metió la garra en la jaula... en supremo esfuerzo para salvarlo, Hans voló en su socorro. Y pudo caminar en adelante. ¡Estaba salvado! Este cuento ha sido interpretado por los críticos como el más profundo mensaje de Andersen a la humanidad.

Con la publicación de sus Cuentos de Hadas, el titiritero dinamarqués disfrutó de una vasta fama y de la amistad de los grandes hombres de su tiempo. Cuando visitó a Inglaterra, Dickens fué a despedirlo hasta el muelle de embarque. Viajó por 1863, por España, la tierra de romance en el confín de Europa. Incansablemente escribió, hasta el final de sus días, obras de teatro, novelas y poesías, aunque el mundo ha preferido simplemente sus cuentos a todo lo demás. Por esos relatos misteriosos, imaginativos, conmovedores, su nombre se junta con los de los grandes fabulistas Esopo,

Fedro, La Fontaine, Samaniego, Perrault, Grimms y nuestro admirable Rosas Moreno.

Andersen es conocido como el hombre que transformó para los niños un suplicio, la lectura, el aprendizaje, en un placer. Se le concede el mérito de haber colaborado, sin saberlo, con los grandes educadores del siglo XIX, Pestalozzi, Froebbel, Tolstoi, en terminar con la esclavitud y los tormentos de la primera enseñanza, para convertir la pedagogía en cosa humana y amable. Como prueba de esto, se cita la misma patria de Andersen, Dinamarca, pequeño país de unos cuarenta mil kilómetros de superficie y dos millones y medio de habitantes. Dinamarca se ha transformado en una de las regiones mejor cultivadas del mundo, más poblada con la riqueza de ganados y donde hay menos analfabetos y la gente vive más feliz. Antes de la pavorosa guerra de 1939-1945, en que Dinamarca fué invadida por los nazis brutales, era la nación báltica formada por una península y un puñado de islas, el país más apacible, grato y civilizado quizás del mundo. Un viajero la pinta así: "Sus cultivos científicos intensivos, sus numerosas cooperativas rurales, escuelas para campesinos, bibliotecas, cautivan a los soñadores del socialismo productor y pacífico sobre la tierra". Son 800 bibliotecas públicas, con más de un millón de volúmenes, las que hacen allí préstamos a los niños de las escuelas, sumando seis millones de lectores por año. Se dedican oficialmente varios millones de "coronas" a adquirir libros para el público. No obstante su escasa población, tiene Dinamarca trescientos diarios, centenares de revistas y muchas librerías. Dinamarca es un pueblo que lee. Ha de recordarse que junto con Noruega y Suecia, naciones escandinavas que antes formaban una sola, esta región neutral llamada Escandinavia, es una de las que han gozado de paz por mayor tiempo en el mundo moderno, y una de las que tienen menos lastre de analfabetos. Las cooperativas agrícola industriales y la organización socializada dominan su economía pastoral.

Hans Christian Andersen a los sesenta y ocho años sufrió un accidente de que no logró reponerse; dos años después moría, nimbado por la gloria mundial, en su casita de Rolighed, cerca de Copenhague. Es indudable el escritor que, dejando libre su genial fantasía, captó el más envidiable y delicioso público, el de las generaciones infantiles que absorben como rocío fertilizador su gracia poética y su generosidad cordial.

Los niños de Varsovia

Por *Joaquín* GUTIERREZ

(En *Rep. Amer.*)

Al comienzo, cuando extiende la mano, no entiendo de qué se trata. Durante unos momentos nos entendemos por señas y, finalmente, le comprendo: quiere darme una moneda, una moneda de un centavo. Se la recibo y trato de darle algo en cambio; le ofrezco, con señas siempre, una moneda de un franco pero me dice que no con movimientos de cabeza, su delicada cabecita de siete años. Le ofrezco entonces un chocolate y lo llego a enojar, según creo, porque frunce el ceño y comienza a decirme con su voz de agua:

—Nie, nie (no, no).

Me doy cuenta, entonces, de su dignidad. El, para mí, es un niño polaco; yo, para él, soy sencillamente un hombre, venido de cualquier país, que tengo quién sabe cuáles ideas, que hablo quizás cuál idioma, pero que he llegado hasta Varsovia, desde muy lejos, para luchar por la paz entre los hombres.

Este encuentro mío con Rudek es el primer contacto directo, humano, íntimo podría decir, que tengo con los niños de Varsovia. Rudek, sencillamente, me quería demostrar su cariño. Lo alzo en brazos y lo beso y entonces, pensando en mis hijas, tan distantes, y pensando en los niños de América, tan tristes, escondo la cabeza en su hombro para que no vea que se me han llenado los ojos de lágrimas.

Mis amigos de América, toda la gente que me conoce sabe que estoy diciendo la verdad; que no tengo ningún motivo para mentir; que si estoy ahora sentado frente a la máquina de escribir, gastando preciosos minutos que podría aprovechar conociendo más y más de esta heroica y magnífica ciudad, es porque tengo el corazón tan cargado de emoción que no tuve más remedio que venir a contar al papel todo lo que han significado para mí los niños de Varsovia.

Esta ciudad tenía un millón y medio de habitantes al comenzar la guerra. Al terminar quedaban, viviendo como ratas entre las ruinas, 22.000 habitantes. Los demás habían muerto o habían huído. El Vístula continuaba fluyendo largo y desnudo, lamiendo los escombros bajo los cuales se escondían 800.000 cadáveres. Aún hoy día quedan muchas decenas de millares de muertos bajo las ruinas. Y así, sin haber podido enterrar siquiera a sus muertos, esta ciudad magnífica levantó la cabeza y miró hacia la vida. Su pueblo comenzó a reconstruir, casa a casa, calle a calle, plaza a plaza, monumento a monumento. Todo había que volverlo a hacer porque todo estaba destruído. Sólo un seis por ciento de las casas se pudieron aprovechar. Hoy día, hoy día que la recorro y la palpo y la miro casi sin darle crédito a mis ojos al verla cómo se ha levantado, roja de ladrillos, alegre de colegiales, bulliciosa de tranvías, fresca de parques, con un aire nuevo de ciudad de trabajadores, no puedo menos que pensar que los niños que veo han tenido de infancia la guerra, la muerte y la destrucción. No puedo menos de recordar que estos niños, entre los cuales hay casi cien mil huérfanos de guerra, jugaron entre los huesos de sus padres, respiraron la putrefacción, miraron a su alrededor solamente escombros, solamente la destrucción más pavorosa, y lo pienso doblemente porque resulta casi increíble el milagro que se ha operado en ellos en sólo escasos meses.

Ayer salí a la calle, me compré un gorro de obrero polaco para pasar inadvertido, pero en la primera ocasión en que tuve que preguntar por una dirección, mostrando el papelito en que la llevaba escrita, en pocos segundos, llegando de todas partes como bandadas de gorriones, me he visto rodeado por veinte, treinta, cincuenta niños. Todos alegres, con las caritas rojas de frío, reflejando una salud física y moral que yo no había visto nunca anteriormente. Me rodean con sus cuadernos de escolares y sus lápices en la mano: todos quieren un autógrafo. Firmo y firmo y firmo incontables veces. A los más chicos no les firmo sino que les dibujo un perro, un sapo, qué sé yo.

Unas cuadras más adelante me ocurre lo mismo con otro grupo, pero si sigo así no voy a terminar en toda la mañana. Entonces se me ocurre una solución: les digo: —analfabeto— tocándome el pecho con el índice. Me comprenden, porque en polaco se dice igual y, después de un rato de duda y desconcierto, sueltan todos la carcajada.

—Nie, analfabeta nie.

Y así me voy haciendo amigo de ellos.

Maravillosos niños polacos que desfilan cantando en grupos por toda la ciudad:

—Pocoj, pocoj (paz, paz),

que nos esperan, a las salidas de las sesiones del Congreso de la Paz, de pie durante horas y horas, gritando ininterrumpidamente:

—Pocoj, pocoj.

Tienen ocho años, como Evva, a la que muestro el retrato de mis hijas y veo cómo se le llenan los ojos de chispas alegres y, dejándose arrastrar por la emoción, me habla seguido, rapidísimamente, en polaco, a sabiendas de que no le voy a entender ni una sola palabra.

Tienen 14 años, como Kasia, a quien le digo que es muy bonita (dobra pañimka) con ese vocabulario de 20 palabras con que nos batimos aquí, y me hace una graciosa venia de colegio del siglo pasado, mientras enrojece hasta las orejas.

Tiene 7 años, como Janek, rubio como un campo de trigo, a quien le enseño a hacer algunas pruebas con los dedos y quien, en cambio, me muestra un libro de lujo con unas firmas y unas dedicatorias, por lo que adivino que debe ser un premio del colegio.

Tienen dos años, como Alicja, a quien conocí en una casa cuna, una especie de nido para 120 pájaros en donde entré, solo, caminando por mi cuenta por un barrio de Varsovia. Alicja debe haber sentido necesidad de estar un rato sola, consigo misma, y se había escondido en un armario a jugar con una muñeca de trapo. Cuando la descubrí, porque intrusié por todas partes, le hice un guiño y le volví a entrecerrar la puerta de su escondite.

Pero cuando ya me estaba despidiendo la vi salir y venir hacia mí tendiéndome los brazos.

Ayer leí en los diarios norteamericanos que traen las noticias sobre el Congreso de la Paz, que los niños polacos nos rodeaban a los delegados, temblando de frío, a pedirnos limosna. El corresponsal yanqui que envió esa información lo hizo a sabiendas de que era mentira. Prefiero creer que la envió, no por abyección humana, sino porque también debe tener hijos que mantener y esas eran sus instruciones: mentir. No sé qué tribunal ni qué moral puede juzgar un caso así; lo que sí sé es que ese hombre no merecía haber tenido la emoción inmensa que significa haber conocido a los niños de Varsovia.

Por nuestros países esa versión circulará mucho más que los artículos que yo escriba para refutarla, porque él tiene una maquinaria gigantesca y yo sólo tengo mi pluma de escritor. Pero sé que tarde o temprano, y me atrevería a decir que dentro de muy poco, la verdad pervalecerá.

Y entonces, ese día, Rudek y Kasia, Janek y Alicja, serán conocidos y queridos por los niños de América.

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Las culpas de los padres

(En *El Tiempo* de Bogotá. Enero 13 de 1947)

He aquí, llegada por casualidad a mis manos, una nueva confirmación de una vieja verdad. Vieja verdad, en efecto, es la de que el hogar —con todo lo que en esa palabra "hogar" va incluído moralmente— constituye la base esencial de la educación del hombre. Y la nueva confirmación está en las declaraciones de la señorita Antonia Llovio, procuradora del tribunal para menores, de San Juan de Puerto Rico.

En esas declaraciones, que no son sino una prueba más entre las innumerables que podrían citarse, la señorita Llovio publica en la prensa de aquella capital algunas cifras verdaderamente impresionantes.

Durante el último año fiscal de la Corte Juvenil de San Juan entendió en 204 casos de delincuentes menores, cuya edad oscilaba entre los siete y los diez y seis años. De esos 204 muchachos delincuentes, 50 eran hijos legítimos, 88 eran hijosilegítimos y 66 eran hijos reconocidos. Es decir, que sólo 50, menos de la cuarta parte, habían venido al mundo en un hogar normal, amparado por las leyes civiles y por las leyes sociales.

Pero lo decisivo para la evolución moral del niño no tanto es el nacimiento como la compañía en que vive. "No con quien naces sino con quien paces..." dice el refrán castellano. De los 204 precoces delincuentes, 72 vivían con madrastras o padrastros; 15 con amigos; 26 con hermanos o parientes; 18 no tenían hogar; 31 vivían con el padre solamente; 26 solamente con la madre, y 16 vivían con ambos. Unicamente esos 16, menos de un 8 por ciento, tenían un hogar completo, bueno o malo, con un padre y una madre, legítimos o ilegítimos.

Por cierto, que me doy cuenta de que acabo de aplicar la torpe calificación de "ilegítimos" no a los hijos sino a los padres. En realidad, así debiera ser. Los padres serán, en todo caso, los ilegítimos, los que viven al margen de la ley. Pero los hijos son siempre legítimos; no pueden estar fuera de la ley que ignoran cuando nacen; todos abren sus ojos a la luz de acuerdo con las leyes eternas de la naturaleza y del espíritu.

Ahora bien: ¿qué es lo que se comprueba con los anteriores datos? Se comprueba una vez más, en sustancia, que la falta de un hogar normal, de un verdadero hogar; la carencia de una familia normal, de una verdadera familia, es la causa primera de la delincuencia infantil.

Pero el niño delincuente, la pequeña minoría que llega hasta comparecer ante un tribunal, no es sino un caso particular, el caso extremo, de un problema general, del problema del niño maleado, descarriado, torcido, mal educado. De ese pobre niño que entra ya con una carga de vicios y defectos por "las puertas de oro de la vida". Inevitablemente, ese niño infeliz se contará por millones en aquellos países, o en aquellas épocas, en que de una manera general el hogar se apague y la familia se disuelva.

Y eso es precisamente lo que ahora está presenciando el mundo. En más de la mitad de él, la guerra ha destruído los hogares y ha deshecho las familias.

En muchos casos el mismo hogar material, la vivienda, se ha convertido en un montón de escombros o cenizas. Con frecuencia leemos que en tal o cual ciudad bombardeada quedaron arrasados el setenta, el ochenta por ciento de los edificios. Ello equivale a decir que allí desapareció la mayor parte de los hogares. En otros casos los habitantes de un lugar tuvieron que huir precipitadamente y se dispersaron por tierras extrañas. Para ellos, el hogar no es más que un recuerdo.

La familia se ha visto terriblemente quebrantada por la guerra. Millones y millones de esposos y de padres han tenido que abandonar sus casas; combatientes unos, otros fugitivos, otros prisioneros o trabajadores forzados en lejanos países. Muchos no han vuelto; regresaron otros físicamente inválidos o moralmente estragados. Millones de madres hubieron de alistarse en los servicios auxiliares de los ejércitos, o escaparon ante la invasión, o perecieron en el torbellino de la contienda mundial.

No es de extrañar, pues, que en los países beligerantes se haya registrado un terrible aumento de la criminalidad infantil. Entre las víctimas de la guerra, la niñez ha sido la más lamentable de ellas, la más dolorosa, la más inocente. Los delitos de los niños no son, en realidad, más que una repercusión, un reflejo, una consecuencia de las culpas de los padres. Los padres comieron las uvas agrias —recordemos el texto bíblico— y los hijos sufrieron la dentera. Una generación enloquecida ha desencadenado sobre el mundo la más asoladora de las guerras y ahora la nueva generación, en gran parte, empieza a vivir sin hogar, porque lo ha perdido; sin familia, porque está destrozada; sin ley, porque ha visto conculcados todos los preceptos morales en el inmenso fratricidio.

En la infancia, las impresiones recibidas, buenas o malas, se graban en el corazón con una fuerza que estremece a los educadores responsables. Quienes veíamos en Alemania, hace doce o catorce años, a aquellos niños de semblante inocente y ojos claros, sustraídos a sus hogares para llevarlos a marchar en columnas guerreras uno y otro día, al son de los tambores, con sus blusas pardas y una daga al cinto, pensábamos ya en el horror que se estaba

preparando. Después hemos oído referir a testigos presenciales que, por ejemplo, en la invasión a Checoeslovaquia, los hechos peores, crueldades, atropellos, asesinatos, fueron perpetrados no tanto por los soldados adultos como por los adolescentes de las llamadas juventudes hitlerianas. Eran aquellos niños que desfilaban por las calles de Berlín con el puñal en la cintura!

Hoy, muchos, tal vez los más, habrán caído en la guerra. Los supervivientes constituirán uno de los más difíciles problemas en la desnazificación de Alemania. Pero yo pienso en los niños, en los pequeños que ahora andarán vagando entre las ruinas, sustraídos también al hogar, porque el hogar no existe; criados en medio de las atrocidades de la guerra y acostumbrados a ver lo que jamás debiera reflejarse en pupilas infantiles. Los hijos expían los pecados de los padres.

En mayor o menor grado, en los países vencidos y en los vencedores; en los que provocaron la guerra y en los que la sufrieron, esta es la tragedia de la nueva generación. La aurora de la vida ha sido para ella una tremenda tempestad. En la criminalidad infantil hay que ver, sobre todo, el síntoma agudo de una dolencia más general.

¿El remedio? El remedio, en lo posible, no será otro que la reconstrución del hogar, el retorno a la vida de familia. Se habla mucho, y con razón, de los derechos del hombre. Y también de los derechos de la mujer. Unos y otros deben subordinarse a los derechos del niño, entre los cuales el primero es el derecho a tener un padre y una madre, una mesa y un techo. Sin eso, la nueva generación, hija de la guerra, será una generación perdida...

A menos que mañana, reaccionando ante la obra de sus padres, se convierta en una generación heroica.

Luis DE ZULUETA.

x

Pedagogía aluvional

(En *El Nacional* de Caracas. Mayo 19 de 1949)

Una telaraña, armoniosa a la vista y difícil al entendimiento, se ha venido formando en los cuatro últimos años en el ambiente educacional venezolano. Profesores y maestros han puesto de moda las teorías pedagógicas más dispares, en un alarde de erudición y de especulación intelectual admirable. Las cátedras se convirtieron, así, en un laboratorio sin aparatos, hecho a fuerza de palabras y gestos y discusiones, para nombrar a todos los inventores de la pedagogía moderna y, también, para llegar a las mayores trivialidades. Eso nos ocurrió por cierto, en el Pedagógico Nacional con los profesores chilenos. Y en cuanto a la trivialidad todavía está ocurriendo en mucha parte con los profesores nacionales y de otros lugares. Se olvidan las cuestiones concretas, positivas. Se marginan los problemas fundamentales y prácticos. Se dificultan las soluciones honestas, en un afán de prescripciones minuciosas e inútiles en el papel.

Los profesores de Secundaria y los maestros de la Primaria hacen primores pedagógicos, sin considerar la realidad nacional. Se empeñan en la filigrana de la oratoria —todavía— en vez de encauzar definitivamente la educación por los caminos efectivos del acomodo a las circunstancias del ambiente. Y en el primer instituto de formación pedagógica la especulación ha dejado por allí, tirada irremediablemente, la necesidad inmediata de la verdadera enseñanza. Los ejemplos sobran; en los cursillos de metodologías especiales, de la Historia y de la Geografía, se juega a los vocablos y a las teorías. Vocablos —geografía humanizada y emocional, viva expresión del medio ambiente— en la segunda. Y teorías —el plan Dalton y congéneres, que no pueden aplicarse en Venezuela— en la primera.

Esta pedagogía irreal, que no tiende a solucionar el problema de los métodos convenientes a nuestra propia manera de ser, puede bien calificarse como pedagogía aluvional. Y pedagogos a la deriva son aquellos que de manera tan superficial e inconsciente, la llevan adelante.

Forma parte de la crisis de nuestro instituto máximo y de nuestra educación, esta pedagogía aluvional, de vocablos y teorías. Una solución satisfactoria debe buscarse de inmediato. Y para ello conviene meditar con honestidad, con profunda honestidad, en la Venezuela del momento. En las posibilidades humanas y económicas, en la sociedad y en la geografía, en la historia y en la ciencia natural, en la verdadera potencialidad de nuestro país, desde todos los puntos de vista. Mientras, continuaremos la inestabilidad de que tanto se quejan, o nos quejamos, todos los venezolanos. El reajuste educativo es un reajuste integral. La pedagogía aluvional es tan peligrosa como la erosión de nuestros suelos. La sustancia nutricia, la fértil, se va al mar angustiosamente.

Guillermo MORON

Pensamiento sobre el Arte pictórica

Por el Dr. *Alexander BIERIG*

(En *Rep. Amer.*)

(5º MENSAJE)

¿Qué es el arte en un cuadro?...

Trataré de contestar, en mi propio sentir, esta tan repetida pregunta:

Un cuadro debe despertar la curiosidad, satisfacer un normal deseo del contemplador, darle un agrado, causarle un asombro, una sensación inesperada o hasta un tormento anímico (mas estos dos últimos efectos no a manera del cubismo, del surrealismo y los demás "ismos" nuevos, con sus límites de hule en el extravío, en el desorden y en la fealdad).

En un paisaje, por ejemplo, puede fascinar el momentáneo estado meteorológico, sea que el sol arda en una vegetación tostada y nos haga sentir el calor; que cúmulos de buen tiempo se ciernan en un firmamento calmoso y diáfano encima de una comarca idílica e hinchan el pecho de contento; que un nublado gris-plomizo pese sobre un último fulgor luminoso de la lejanía, anunciando la cercana tempestad y dejándonos pensar en un escondrijo; o que, en la laguna soleada, arbustos ribereños reflejen su frondo multicolor, y la bestia, mojando una mano o bebiendo, rompa el cristalino líquido, mandando suaves ondas circulares por la superficie, brillantes arcos crecientes y apagándose, para morir finalmente; como, cual maravillados, lo hemos contemplado tantas veces desde la infancia, sintiendo cada vez en este juego tan sencillo y tan bello algo como un fenómeno trascendental de la materia, que siempre nos dejará perplejos.

Y asimismo es dable atraer o encantar con la presentación de un ambiente místico. Así, abismado en la soledad y la penumbra de un trozo de majestuosa selva (en la tela), es posible sufrir esta curiosa y enigmática ansiedad, que nos invade en la verdadera selva crepuscular bajo las ráfagas del viento, cuando las ramas se doblan y crujen, las ramitas se fustigan entre sí y las hojas, sacudidas y trémulas, silban lastimosamente, antes de desprenderse; y lo cual —pero con un agrado indecible— sentimos también debajo de la cúpula del alto domo sombrío, cuando los acordes del órgano, ora dulce cántico angelical, ora descarga furiosa viniendo de lo alto, hacen vibrar, en unísono, nuestra mísera alma, elevándola, abatida, pero bienaventurada, a la misma esfera superior, hacia Dios.

Y si la creación emite tales o semejantes sensaciones exaltadas, entonces miramos arte; si no, es pintura, trabajo bueno o malo del artífice, y nada más.

Un retrato, como claro es, es un asunto diferente. Ahí valen mucho el parecido del personaje dado, un gesto natural, el reflejo de sus caracteres y de su estado anímico. El retratista, a más de ser artista, tiene que ser psicólogo. En la unión de ambas facultades está su calidad, su valor y —porque éste, irreflexivamente, va entrando en sus creaciones— el valor de su arte. Naturalmente, un retrato puede tener valor aparte. Puede ser, además, un bello cuadro por su colorido (para lo cual se presta sobre todo el vestido femenil), por su composición y la técnica. Pero también puede ser muy parecido el semblante y carecer de todo lo demás, como lo mismo podemos ver muy alta calidad pictórica, con el motivo de un cualquiera. En fin, al igual que toda otra obra, puede valer entre mucho y nada, en uno u otro sentido, o en todos los sentidos a la vez. Pero siempre es arte, cuando llena los requisitos principales: cuando anatómicamente es correcto; cuando refleja vida; cuando no falla la armonía en la composición, y el colorido agrada en vigor y delicadeza, y cuando, dentro de todo eso, se siente un alma bien equilibrada del creador.

Y veamos ahora la naturaleza muerta, las alhajas, los cachivaches arrinconados, la loza, el barro, todo objeto casero, las diversas frutas y legumbres, el tan pintoresco pez, y la flor. Todo eso es bueno para crear arte, como también es bueno para crear nulidad. No necesita ser bonito el objeto, para que el cuadro salga bueno. La calidad del resultado final está en el artista, en su saber, en su poder, en su comprensión y, en sumo grado, en su amor y su sentimiento. El amor, primero le exige y luego le entrega esta fracción de alma, que ha de bañar la obra, y que está encargado de comunicarse con el alma del contemplador. Por lo tanto, si la creación quiere ser arte, no sólo debe reconocerse el objeto presentado y el material de confección, sino se debe sentir, además, el flúido del ambiente. Entonces, según lo pide el motivo, la imaginación percibe el tufo a ratas y cucarachas, el aroma dulce de las frutas o de la rama en flor, la fragancia del perfumado tocador o el olor peculiar del cuero de la talabartería. Y ahí está la obra maestra, el verdadero arte, el arte por excelencia. Pintar correctamente una tenaza, una silla o un jarro en determinada perspectiva, demanda un complejo de conocimientos y cierta destreza manual, tal vez alcanzados en años de arduas tareas; pintarlos con la corrección precisa y en el aire de su ambiente, pide mucho más. Pero no basta esa corrección, la ciencia en el dibujo, el reconocer la porcelana, el vidrio o el barro, la clase de madera, un metal, la fruta o lo que fuera; no basta sentir la calidad de una tela, de poder admirar el brillo irisante de las escamas de un pez o la ficticia traslucidez de una perla, de tener ganar de meter la mano en una piel suavísima, el querer morder una pera o quitar un velo, y todo eso dentro de un apropiado ambiente. Para que todo ello valga realmente, cada vez ha de formar una armonía dentro del tamaño de la tela destinada a la obra, ha de ser una consonancia general.

Desafortunadamente, para formar armonía, no hay receta. En cada obra es un problema para sí, asaz difícil de resolver a veces. Pues no es esta armonía absoluta, que nos interesa, esta última manifestación metafísica —cuando todo vive sólo en la imaginación, y ninguna realidad encanta los sentidos— armonía, que ya con la tela en blanco está ilustrada, sino la euritmia constituída por una distribución armoniosa de multiformes valores desequilibrados en sí.

Y esta euritmia es calidad ínsita. Es dote natural y hermana del talento. Se la encuentra en el poeta, en el músico, en el artista, en el filósofo y en cada ser de alta moral, saturado de un alma grande; porque la armonía en una producción es la misma belleza y todo sentimiento intrínseco, que el amor para con la obra hace desbordar y verterse en ella. Y al igual que cualquier valor psíquico, espiritual, mental o sensorial deja educarse, también el sentido de la euritmia se educa, se refina y se pule con el ejercicio, siempre auxiliado por la mente. Mas sin su presencia genuina en grado prometedor, todo esfuerzo en querer sentir y crear armonía es esfuerzo gastado en vano. Para edificar, construir, adornar —con resultado bueno— la condición primordial es un fundamento adecuado, en nuestro caso: la propia calidad del artista.

Muchos llegan a pintar un cuadro; pero un artista siempre ha sido y siempre será una aparición rara en la humanidad, y no sólo en la pintura. Y no hubo era más prolífica en comprobantes de este deplorable hecho, que la nuestra. Y como el artista escasea, también escasea en los cuadros la maestría, el arte. Trabajos más o menos buenos en la técnica, agradables en el colorido o con algún otro valor aislado, no faltan. Pero sí falta esa complejidad de los factores mencionados, que debiera formar el todo y que, como por encanto, encantara la obra.

En fin, sentir, saber apreciar y comprender el arte, es idoneidad del alma artista, porque toda arte es el mismo primor, que aquella lleva en sí. Es su propia expresión. Y así, si el contemplador está preso por la expresión anímica en los colores, la tasará de arte; si choca contra desacuerdos o no siente el valor relativo, sólo ve pintura, y nada más. Por consiguiente, lo que no es arte para el alma artista, para el alma profana, muy bien lo puede ser.

¡Ay!, qué difícil es saber lo que es o no es arte.

San José de Costa Rica, 1950.

Justicia?

(En *Rep. Amer.*)

El juez se levantó de su asiento y con voz lenta rindió su veredicto: "En nombre de la justicia, os condeno a un año de prisión por tenencia de propaganda subversiva".

Un torbellino de ideas sacudió la mente de Francisco Benavides. Mi madre, mi gente, la prisión, la celda oscura...

El juicio se había establecido por habérsele encontrado a Francisco un folleto mimeografiado que decía: Debemos cerrar filas. Debemos unirnos todos en nuestra organización para luchar en contra de la despiadada injusticia, en contra de la sin entrañas miseria. Y aquello había ameritado, que en nombre de la justicia, se condenara a Francisco a un año de prisión.

Y muchos de vosotros, con vuestra indiferencia, aprobásteis el acto consumado. Y muchos de vosotros aplaudísteis la condena impuesta.

¡Bravo!, digo yo también. Bravo en nombre de vuestra justicia. Habéis condenado a un inocente a un año de prisión.

La madre se enteró de la condena de su hijo y con sollozo lento y entrecortado, clamaba al cielo justicia. Yo vi rodar hoy, por sus huesudas mejillas, las lágrimas que manaban de sus ojos. Y pensé que ellas caerían en vuestros corazones —si es que acaso tenéis— como gotas de plomo ardiente.

Al siguiente día visité de nuevo a la madre de Francisco y la pena y el dolor seguían lacerando su sentimiento materno.

Y entonces recordé vuestras palabras: En nombre de la justicia... y dije:

¡Bravo! Mirad, si aún podéis ver. Mirad vuestra justicia. El hijo en la prisión oscura y la madre, con el corazón desgarrado y el dolor reflejado en su rostro demacrado.

Esa es vuestra justicia.

¡Bravo!, dijísteis. ¡Bravo! ¡Bravo!, y aprobásteil y sancionasteis la condena de Francisco y practicásteis vuestra justicia, porque la eterna justicia, la justicia verdadera no se atreve a tocar en vosotros. Esa justicia inmanente que llegará, inexorablemente, y sabrá también enjuiciaros a vosotros.

Bruscamente se detuvo el autobús. Descendí de él y ante mis ojos se presentó la imponente prisión. Fuertes barrotes de acero que servían de ventanas, distanciados prudentemente uno del otro, entrecortaban la amurallada pared de granito pintada de blanco. Al centro estaba la puerta de acero y en el frente, resguardándola, un guardia con su rifle de bayoneta calada.

El guardia me interrogó:

—¿A quién desea ver?

—A Francisco Benavides, le repuse.

Unos minutos después me introdujeron en la prisión.

Lentamente fuí avnazando, observándolo todo. Más guardias, más rifles... Ellos eran quienes custodiaban en la enrejada prisión a los condenados en nombre de vuestra justicia.

—¡Camarada!, me dijo Francisco al verme.

—¡Camarada Francisco!, le repuse emocionado.

Un fuerte apretón de manos y tomamos asiento en una pequeña muralla de cemento.

—Ya lo ves, aquí pasando, me dijo Francisco, rompiendo el silencio que reinaba.

—¿Y el ánimo?, le pregunté.

—Bien, me repuso. Solamente a veces, cuando en altas horas de la noche oigo al joven romántico y enamorado que va por los caminos de la vida tocando su guitarra y entonando canciones de amor, se adueña de mí una nostalgia espantosa. Vos sabás cuánto me gusta a mí eso...

La sinceridad y la sencillez suyas, producían un no sé qué en mis sentimientos. Y por espacio de diez minutos estuvimos conversando.

La campana sonó lenta y parsimoniosa, dando por terminada la visita y al despedirme le dije:

—Recordad, camarada, que detrás de vos estoy yo... y el otro... y el otro, y todos los pobres del mudo.

—Hasta pronto, me contestó Francisco.

Yo lo he visto. Yo he conversado con él. Sí. Yo que soy su camarada y conozco su honradez del hombre pobre; yo que sé de su entrañable amor por su madre... y por su pueblo.

Y vosotros le habéis condenado a un año de prisión por tenencia de propaganda "subversiva".

Así es como impartís justicia. ¡Bravo!, una vez más, por vuestra justicia.

Pero no; no lograréis con ella hacer desaparecer la miseria de la vida.

Y mientras la miseria exista y la injusticia impere, estará Francisco Benavides luchando tesoneramente por darle muerte.

Mas... ¡qué insensatos sois! Condenáis a Francisco por ser un luchador del pueblo. Y pretendéis con eso arredrarlo en sus ideales. Si la miseria existe y el pueblo hambreado sufre, Francisco luchará, aun en la prisión. Y si lo que queréis es acallarnos, condenadnos a todos, metednos en prisión y entonces os daréis por satisfechos.

Pero la vida no se detiene. Avanza, corre y evoluciona. Y cuando el presente sea pasado y el libro de la historia escriba los hechos acaecidos, iréis a condenaros, irremisiblemente, en la conciencia de las generaciones por haber condenado a un inocente y contrastando, veremos levantarse la figura siempre apreciada del luchador del pueblo, brillando esplendorosamente...

Juan José CARAZO S.

San José de Costa Rica, Octubre de 1950.

De paso

A propósito de "Camaléon"

Fernando Alegría es un gran novelista. Uno de los grandes novelistas de esta América nuestra, que sabe dar categoría a su arte y que de cara a la realidad americana, no se evade de ella ni la evita. Por el contrario, hombre cabal, artista de grandes virtudes y no menos recursos toma de la propia realidad americana sus motivos creadores y puede así, con mano enérgica, escribir una novela de tan acusados perfiles como es *Camaleón*, su gran libro último en el que por más que él quiera convencernos de que personajes, lugares y episodios son ficticios, ningún trabajo cuesta reconocerlos, situarlos e identificarlos sin temor a errar.

"Ciertos incidentes políticos hay en que se mezclan peligrosamente lo heroico y lo grotesco", afirma Alegría con sobrada razón. Y en esta novela suya, tejida alrededor de los más recientes acontecimientos políticos de su patria, lo heroico corresponde al pueblo chileno, a las grandes masas de trabajadores burladas por quien, como González Videla, representa lo grotesco, lo ridículo.

Ninguno que conozca la verdad de la historia contemporánea de Chile ignorará a los personajes y, mejor, a aquellos que trafícando con el sudor y el hambre popular son los principales actores de un drama en el cual juegan, ellos, un papel vergonzoso. De algunos de ellos se vale Alegría, "sin remordimientos" para colocarlos en el sitio justo que les corresponde. ¡Ah!, pero el pueblo, el gran pueblo chileno, cobra relieve a través de una épica "que no forma parte de esta particular historia", porque todo pueblo, al luchar por sus generosos ideales, construye una épica universal. De aquí que esta novela de Fernando Alegría, que se mueve en los marcos del dramático territorio chileno tenga un sabor de universalidad.

Pero conviene aclarar que *Camaleón* es, ante todo, una obra de arte. Una magnífica novela escrita por un hombre que sabe su oficio y capaz de recrear la realidad circundante para ofrecérnosla luego con materiales de fina hechura. De donde se desprende que cuando un artista trabaja la difícil arcilla de sus obras la realidad no rebaja, sino contrariamente, acrecienta los valores de las mismas hasta convertirlos en algo tan fino, tan fuerte y tan sutil, como lo es esta novela de Fernando Alegría, gran novelista chileno, amante de su pueblo, de la tierra que lo vió nacer y de todo aquello que sus tradiciones y su pasado representan.

Julio MARTIN.

(*El Nacional*, México, D. F. 26 XI 50).

×

El cincuentenario de "Ariel"

Se cumple este año el cincuentenario de uno de los libros más significativos de la literatura hispanoamericana: el *Ariel* de Rodó.

Libro sereno, a pesar de su intención polémica, *Ariel* trajo un mensaje y un programa. Representó, en su momento, la reacción contra la fiebre utilitaria que amenazaba destruir las mejores virtudes de nuestros pueblos. Fué el llamado oportuno que advirtió contra el predominio exclusivo de los móviles económicos y los riesgos fáciles de la prosperidad. No fué escrito contra nadie, sino a favor de un ideal: una democracia depurada que, al terminar con las desigualdades injustas, fuera capaz de promover las mejores energías creadoras del hombre. En ese sentido *Ariel* era la expresión genuina de los ideales y preocupaciones de la democracia viva y militante en cuyo seno fué concebido.

Ariel conquistó lectores y despertó entusiasmos. A pesar de su impulso lírico —o, quizás, por eso mismo— dió origen a una corriente poderosa de crítica y de acción. Fué escudo de combate. Y se lo interpretó según los intereses de la hora sin advertir que Calibán y Ariel eran principios ajenos a la geografía. Más que en destruir al Calibán de afuera, Rodó estaba interesado en derrotar al Calibán de adentro. En eso consiste el valor permanente de su obra.

El cincuentenario de *Ariel* no podía pasar inadvertido para el Ateneo Americano de Washington que, con este breve manifiesto, se adhiere a los actos conmemorativos que hoy se celebran en América.

Aníbal Sánchez Reulet, Ermilo Abreu Gómez, Francisco Aguilera, Claribel Alegría, Henry G. Doyle, Roberto Esquenazi M., Rafael Heliodoro Valle, Olga Briceño, J. García-Tuñón, Luis G. Piazza, Fernando Romero, Ninfa Santos, P. Thoby-Marcelin, Lewis Hanke, Antonio Gómez Robledo.

×

Testimonio de aprecio

Repertorio Americano, la notable hoja literaria de Costa Rica, ha llegado a los treinta años de su existencia. Y este nuevo cumpleaños es anotado por Joaquín García Monge, su infatigable director, con una sobriedad que es cumplimiento para la acogida continental de la que goza y como gratitud, además, por la compañía de años de amigos y colaboradores. *El Nacional* de México afirma a propósito del periódico josefino que no se podrá escribir en lo sucesivo una historia del pensamiento hispanoamericano, prescindiendo de la colección de textos seleccionados por don Joaquín, pues "en ellos están presentes los principales diarios y revista de América, y lo están en el aspecto más enérgico, más universal, al extremo de que la fronda segundona, la energía sobrante que entorpece la fisonomía natural de nuestros pueblos, no se encuentra por ninguna parte: ha caído bajo el rigor de unas tijeras de oro..."

García Monge no diría ya, pese a su modesto optimismo, como en las entregas de sus primeros dos lustros: "Algo se ha hecho, mucho queda por hacer", pero a lo alto y a lo largo de estos treinta años, se presenta con la

misma alegría, con la misma fe, con los mismos propósitos del comienzo. Y asimismo, continúa clasificando las publicaciones de todo el mundo, antologizando el pensamiento de América y haciendo de su redacción de *Repertorio Americano* ese "precioso recinto de conversación americana, en donde se presentan valores, se lee a los amigos ausentes y se reciben las noticias literarias que a todos interesan".

Muy bien puede aplicarse a *Repertorio* esa memorable glosa de Eugenio d'Ors, que va años de ininterrumpida labor de estos cuadernos americanos y universales de cultura, y que es la parábola de Bernardo Palissy, que era en verdad un hombre, porque sólo merece tan noble dictado quien plenamente y con toda el alma, "sabe continuar". Porque la Santa Continuación, como d'Ors concluye, no es tanto para la humanidad un nimbo como un signo.

A. A. Quito. 1950.

×

Revise y corrija

En el poema *Estirpe* de Rafael Cardona, Nos. 15 y 16 del tomo anterior, hemos hallado algunas erratas. Revise y corrija:

En la pág. 234, en *Preludio*, en la segunda columna, última línea, dice:
en mensaje de sangre y de dolores, etc.
lea:
su mensaje etc., etc.

En *El Alba*, la misma página, columna tercera y estrofa 5ª, el verso tercero dice:
de la *calla* fábrica heredera, etc.,
lea:
de la *callada* fábrica heredera.

En *El Alba* también, estrofa 8ª, pág. 235, columna primera, el verso tercero dice:
a cada nuevo pensionista *alzóme*.
lea:
A cada nuevo pensionista, *alzome*

Seis versos más abajo dice:
en buenos tubos de organo *pagóse*
lea:
en buenos tubos de órgano *pagose*.

En *Templo*, columna 3ª de la pág. 235, estrofa tres, el primer verso dice:
El corro de muchachos *jascobinos*
lea:
El corro de muchachos *jacobinos*.

En *Aeternum domus*, pág. 236, en la 1ª columna, estrofa quinta, el 2º verso dice:
cubrióse entonces
lea:
cubriose entonce.

En *Penélope*, pág. 246, en la 2ª estrofa dice:
un bronce vegetal *en* tonos varios
lea:
un bronce vegetal *de* tonos varios.

En *Niñez*, quinta estrofa, verso cinco, dice:
e *inmultabilidad* de alegoría,
lea:
e *inmutabilidad* de alegoría.

En *La Feria*, pág. 247, en la estrofa tercera, el verso cuarto dice:
sacas el alma del *armario*
lea:
sacas el alma del *almario*.

Puerto Rico en su América

Evangelio antillano

(En *El Imparcial* de San Juan, Puerto Rico)

Con motivo de cumplir cien años de vida, don Federico Henríquez y Carvajal, patricio dominicano, maestro de libertad y civismo, ha dirigido un mensaje a los países americanos, en el cual se aboga por la liberación inmediata de Puerto Rico.

Este amigo entrañable de José Martí y Eugenio María de Hostos inicia su llamado con unas palabras del Libertador de Cuba, refiriéndose al porvenir de América: "Seremos grandes; aún lo verá usted con sus ojos".

Acto seguido da una mirada retrospectiva al proceso de su vida centenaria, consagrada al culto del amor, la verdad y la belleza, predicando y enseñando desde el periodismo, la cátedra y la tribuna; luchando por la libertad y la cultura, en apoyo del progreso social y jurídico de las Américas y en comunión con los próceres, héroes y mártires de la epopeya libertadora del Nuevo Mundo.

Don Federico Henríquez y Carvajal reconoce que todavía no se ha logrado la grandeza soñada por Martí en América, pero no cede su fe en el ideal, porque está en juego la tranquilidad de su conciencia.

El maestro señala que existe un creciente y mayor auge de las libertades y derechos humanos en los países más poderosos, en tanto que se registra una marcada tendencia a la negación, cuando no a la supresión de esas libertades y esos derechos, cuando los reclaman los pueblos débiles.

En este punto el maestro declara que el capitalismo norteamericano, descansando todavía en la política del dólar, siempre vituperable, ha detenido el programa social y económico de algunos países americanos y retardado la instauración del Estado puertorriqueño y la Confederación de las Antillas.

En mensaje que Henríquez y Carvajal y Américo Lugo dirigieran a la Octava Conferencia Interamericana, celebrada en Lima, Perú, se planteó el caso de las colonias, declarándose que América no debe ser tierra de colonización. El documento apuntó, esencialmente, a la necesidad de libertar a Puerto Rico. También se dejó en claro que la solución de este caso coadyuvará al establecimiento de una paz permanente y digna; una paz sin opresión ni hegemonía. Por otra parte, se indicó que sólo así se dispondrá de autoridad moral en grado suficiente para repudiar el poder colonial europeo en el Nuevo Mundo.

Afirmando que el Comité nombrado para estudiar el problema colonial en América es un acontecimiento, Henríquez y Carvajal aprovecha la norma adoptada en la Conferencia de Bogotá para instar a decidir el caso de Puerto Rico en plano de absoluta soberanía e independencia, afianzadas en lo interno por la paz jurídica, dentro del ejercicio de todas las libertades ciudadanas, con absoluto respeto a la dignidad del hombre y sin perturbaciones de la tiranía o la anarquía.

Morir en paz es la consigna final del maestro dominicano, después de una vida plena de



grandeza moral y desvelo por la causa de Puerto Rico.

Hay otro documento en los anales de América cuya proyección humana puede equipararse a este evangelio antillano de don Federico Henríquez y Carvajal. Es el Testamento Político de José Martí, redactado en Montecristi, Santo Domingo, el 25 de marzo de 1895, hace 53 años. En este documento, fuerte y triste, del Apóstol cubano, campea el adiós del alma herida por el presentimiento de la muerte y hay un derroche de bondades pocas veces igualado por hombre en hora suprema de sacrificio.

Se trata del hombre que se encara a la muerte y cuyo contacto es propicio a la limpieza interior; es el héroe que sabe mirar desde los montes, diciéndonos que la patria no es triunfo, sino agonía y deber para quien da respeto y sentido humano al sacrificio; es el hombre de corazón roto que aún en su último instante pide voces que levanten el corazón de los caídos. "Levante también la voz"... decía Martí a Henríquez y Carvajal en su Testamento Político.

Obedeciendo la voz del libertador Martí, el patricio dominicano, también en lindero de hora suprema, no hace como los usureros, que tientan su bolsa de oro; ciego está, y llora su última lágrima de ciego por el dolor de Puerto Rico; cansado está con cien años a cuestas, y levanta su voz, más valiente que nunca, para condenar el coloniaje imperante en Puerto Rico.

Un héroe de la virtud alza la voz para que alguien la recoja mientras él, a semejanza de Martí, se abisma en el presentimiento. ¿Cuántos hombres repetirán su palabra en América? ¿Cuántos hombres boricuas aceptarán su evangelio de libertad en esta hora?

Billo Zeledón como lo conocí

(En *Rep. Amer.*)

Al amparo del dolor, inmenso e inconsolable, poco a poco, y a medida que bullen en mi ser los múltiples pensamientos, mi pluma de estudiante intenta darle forma a la impresión que me causó la siempre y bien noble amistad de Billo Zeledón, quien hoy reposa, tranquilo, sereno, en los regazos acogedores de la madre tierra...

Hoy comprendo que no volveré a oír su voz que otrora se levantó firme y excitante cuando los gobiernos ruines trataban de burlar la soberanía de los pueblos y el mandato de sus mayorías! Pero su eco siempre nervioso, en mí palpita y no ha de fenecer como simple "emoción del momento". Su conducta de moralista, adornando su figura de exquisito poeta, desde muy temprana edad se dejó traslucir. Ya hombre en ejercicio de sus derechos no quebrantó su recta línea y la mantuvo firme hasta el final de su vida, a pesar de que muchos malos hombres, mezquinos y majaderos, vieron en esa clara mentalidad la fruta apetecible para saciar sus ansias personalistas...

Al mundo literario le legó sus versos, prosas y cuentos de fina pluma. Le cantaba cariñoso a la Naturaleza en ellos.

A la Patria, sus ejemplos cívicos que han pasado a las páginas sagradas de la historia nacional: sus actuaciones en el Congreso, llevado por un pueblo que lo admiró y hoy le guarda cariño, no me dejan mentir en estas líneas...

¡Amó a los niños y les cantó en sus versos como lo hizo Martí, aun cuando su mente se ocupaba de los destinos futuros de Costa Rica!

La enfermedad que iba minando su salud poco a poco, llegó a serle molesta hasta el punto de tener que abandonar, por recomendación médica, su curul en la Asamblea Constituyente. Con dolor lo hizo porque en ella se discutían, para entonces, los nuevos rumbos que tomaría la República naciente, revolucionaria. No calló. Desde su lecho de enfermo mandaba sus recomendaciones dictadas con fervor por su corazón y su mente de hombre experimentado por el peso de los años.



José María Zeledón

Como lugar de descanso para su cuerpo maltratado por las luchas crudas que vivió en su comienzo el nuevo orden nacional, no titubeó en escoger una finca situada a pocos pasos de Esparta, propiedad de don Ricardo Calvo, yerno suyo, hombre digno y de magníficas dotes intelectuales... Así, pues, lo vemos en "La Pastora" respirando los aires puros de los montes ,y a ratos con el sudor en la frente llevando en sus manos el pesado carretillo cargado de papayas, o de estiércol después de la limpieza de los corrales... ¡Ese es su descanso!

Y en la sombra de los higuerones o en su mesa de estudio, hace "fotos" en verso, con tintes humorísticos, para sus familiares y amigos que lo rodean.

No ha de durar mucho sin embargo, este lapso dichoso donde se creía que la enfermedad cejaba en su empeño destructor: su cuerpo desfallecía a momentos, mientras su espíritu, siempre juvenil, luchaba por la existencia prolongada... Las constantes descomposiciones que sufría lo obligaron a permanecer, ya en definitiva, en su lecho de gravedad.

Cierta noche, temprano por cierto, oyó don Ricardo cuando se encaminaba a la habitación del enfermo, que éste hablaba con alguien. Cuál no sería su sorpresa cuando observó que Billo estaba solo. Le preguntó en tono picaresco que con quién conversaba y aquél le respondió que improvisaba un artículo defendiendo las obras monumentales de Rafael París Steffens, como gobernador de Puntarenas; que Rafael "era un noble ejemplo y había que defenderlo".

Avanzada la noche, a pasos gigantescos, sin gemir, el manto silencioso de la muerte lo acogió en su seno.

De puntillas, salió camino hacia la eternidad, seguido por un cortejo de resplandecientes estrellas, a ocupar su puesto merecido en el pedestal en que figuran los hombres de libre pensamiento y de noble hidalguía. Cada nota de nuestro Himno Nacional lleva el reflejo imperecedero de su apostólica talla...

Carlos A. TORRE H.
V. Año Liceo *José Martí.*

Puntarenas, julio de 1950.

Dos sonetos

de *Rafael Heliodoro VALLE*

(En *Rep. Amer.*)

A. *Luis Andrés Zúñiga.*

En París, esta noche, y en lo mejor del mes,
en el cristal del sueño el aire es ambrosía.
Si todo pasa y todo es nada, la alegría
de París, es la misma que viste, Luis Andrés.

Estos jardines y esta luz de amor, ya lo ves,
te envían su saludo. ¡París aún es de día!
Los ángeles existen y está la Poesía
en su lugar, no importa que el mundo esté al revés.

Lutecia antigua y joven eterna por sus rosas,
por su sonrisa sobre las almas y las cosas,
y lo que nos anuncia para un mundo mejor.

Venus está dormida en espuma y fragancia,
y este año han sido hermosas las cosechas de Francia:
dividendos, estatuas sonrientes, vino, amor.

París, 5 septiembre de 1950.

A. *Eduardo Avilés Ramírez.*

Cuanto más luminosa, la estrella es más lejana.
Eduardo: nunca es tarde para estar en París,
con mi canción de otoño, mi tristeza liviana
y mis ganas inmensas de ver la flor de lis.

Aún tiembla en el divino jardín de la mañana
el azul más azul en que lanza su bis
sobre el granado en flor la alondra shakespeareana,
la que escuchó en sus éxtasis melódicos San Luis.

Nuestra amistad se acendra en el vino dorado,
más que el tiempo en sus odres. Atrás queda el pasado;
hoy sólo es hoy, mañana será el silencio gris.

Rubén está en la rosa, Balzac en la sonrisa,
y el Amor nos reitera que bien vale una misa,
una sola, una misa de amores en París.

8 septiembre de 1950.

Epístola a Guillermo Nannetti

(En *Rep. Amer.*)

Tu carta me lo anuncia: "¡Luis C. López ha muerto!"
En Cartagena de Indias, murió el glorioso "Tuerto"...
Los "bongos de la riba" lo tendrán que llorar.
Y su ciudad nativa, "ayer reina del mar",
—¡su Cartagena de Indias!— añorará al poeta
que entre risa y dolor, con clownesca pirueta,
decía sus poemas, hondos de reflexión,
ante el círculo grato del viejo "Bodegón"...

¡Luis C. López ha muerto! ¡Murió el famoso "Tuerto"
que, un día, hizo glorioso al colombiano puerto
de "edad de folletín", en que las carabelas
antiguas, para siempre, replegaron sus velas...
¡Como lo sentiría, Teresita Alcalá!
El "barbero del pueblo", ¡cómo lo llorará!

Luis C. López, el "Tuerto", era en mi adolescencia
una voz singular: traía suave esencia
de lejanos perfumes de selva tropical,
con algo de diabólico y algo de angelical.
Sus versos sugerían a mi imaginación,
mucho de mar y cielo, mucho de bodegón;
y sin ser, desde luego, cantos de marinero,
tenían sus poesías, cierto son extranjero
que va de puerto en puerto, renovando el acento,
acunado en las olas, mecido por el viento.
Sus risas —¡ah, sus risas!— sonora carcajada
para reir de todo, para llorar por nada
y ver cómo la vida, con su monotonía,
es —¡consecuencia hepática!— un poco hipocondría
y aunque el galeno ría, un poco rigodón,
verdad que hay que admitir, con fe, sin discusión...

Quien no lo conociera, ni amara como yo,
vería en Luis C. López, a un grotesco Pierrot.
Mas el "Tuerto" sabía decir cuanto quería.
Hay en sus versos locos, grave filosofía.
El soslayó la vida con cierta displicencia;
y si gustó del Arte, no despreció a la Ciencia.
Tuvo palabras duras para la vanidad;
para los campesinos, franciscana humildad.
Se rió de los vacuos. Se mofó de los zotes.
Puso en solfa a los Sanchos, y admiró a los Quijotes.
A aquellos que pasaban sin llamar la atención,
los plantó en el camino, sin ninguna intención.
Era bueno; era alegre, y sólo quiso ser
un hombre de otro tiempo, mas sin envejecer...
El drama de la vida le mostraba a diario
cómo la acción del tiempo ejerce extraordinario
cambio sobre los hombres: fantásticos peleles
que el Destino conduce por sus andariveles.
¡Nada de envejecer! Y tal era su cuita
que, casi a los setenta, buscó su Margarita...!
Por esto, al recordar los cambios de la edad
de viejos camaradas, solemne seriedad
inspiraba sus frases: ya era el amigo zote,
por obra del casorio, inútil monigote;
ya el cura de la aldea, el de panza rellena,
que a Lulú convertía en una Magdalena;
ya el cofrade de escuela, torpe para el latín,
de alcancía repleta, y académico al fin;
ya el Alcalde "de sucio jipijapa de copa",
"panzudo a lo Capeto", "rubio como la estopa";
ya el zagalón de Pepe; ya el pobre Casimiro,
que vivió calumniado, en su oscuro retiro;
ya el noble Juan de Dios, un artista genial,
convertido a la postre, en un patán rural...
Todos van resfilando, en un nutrido acopio,
bajo la luz diabólica de su kaleidoscopio.
Sólo quedan intactas las cosas campesinas,
la costa marinera, las calles pueblerinas,
las siestas tropicales de calmas silenciosas
mientras zumban cigarras en las horas tediosas.
y las niñas que sueñan, detrás de la ventana,
tejiendo lindos sueños, para un nupcial mañana...



Luis C. López

(Por el año 1921)

✖

Luis C. López, funámbulo, con un ramo de rosas,
marchó sobre "el alambre difícil de las cosas"...
(Según él, a las rosas, las comió en ensalada;
y ocurren en la vida, cosas que no son nada...)
Dijo a la gente moza, su verso libertino;
y alzó en la francachela, su vaso de "bon vino".
Cuando llegó la hora de decir su canción,
supo poner en lo agrio, vario tono zumbón.

Un día, allá en Caracas, dijiste: "Vas a verlo;
que quien tanto lo admira, merece conocerlo".
Mas Cartagena de Indias, para mí, estaba lejos...
Y seguimos hablando del "Tuerto", como viejos
amigos que deploran no poder realizar
aquello que es anhelo común, más que soñar.
Y dijimos los versos que siempre recitábamos
entre mutuas sonrisas. ¡Qué alegres lo evocábamos!
¿Quién, hermano Guillermo, nos podía decir,
aquel año en Caracas, que pronto iba a morir?...
Me lo dice tu carta: "¡Luis C. López ha muerto!"...
¡Pájaro! ¡Flor! ¡Estrella! ¡Qué tristeza en el huerto!

¡En América lírica, se abre un vasto silencio!

José PEREIRA RODRIGUEZ.

Montevideo, 10 de diciembre de 1950.



Jazmynia

(En *Rep. Amer.*)

Planeta tú, Jazmynia, y cúpula de rosa,
Y encendida naranja silenciosa,
Y ancha sonrisa, y dulce, crecida con la luna.

Niña de junco breve, dócil voz de manzana,
Y mariposa en tránsito, azul guiño del aire.

Planeta tú, Jazmynia; mas congelado y duro
Cada limón del pecho.

Planeta tú, y planeta cada pupila, y grano
De colibrí gemelo, verde momento alado.

Toda vestida en céfiros sobre la tarde vienes.
Punza el mástil su blanca esponja de gaviotas.
Da el mar su llanto verde.
Música encarcelada que recorre tus hombros
Tiembla el suspiro y pronto deja volar su duende.

Yo te hablo desde un sueño.
Quiero, Jazmynia, hablarte cuando los caracoles
Van sacando a la orilla sus casitas de cal.

Quiero hablarte, Jazmynia,
Bajo el cielo que suelta los pelícanos
Y dora, sobre el agua, la quietud de las velas.

Quiero hablarte, Jazmynia. La playa está en tinieblas.
Con su espada de luz el faro inquieto
Mueve el betún del mar.

Tallo nocturno y breve,
Va hinchando en ti la luna su lívida burbuja
Y entre tus muslos rueda su lámpara de sal.

Toda vestida en céfiros sobre la noche queda,
Endrina flor, y cifra de errante soledad.

César ANDRADE y CORDERO.

Cuenca, Ecuador. 1950.

El numen

(En *Rep. Amer.*)

El poeta creía haber perdido su numen y salió a buscarlo por todas partes. Anduvo ansioso en solicitud de tan precioso don. Pero, bien pronto, al dirigir una mirada sobre el mundo, sonrió. Sonrió porque veía el numen extenderse sobre el mundo como se extendía su mirada. Es decir: el numen estaba en todas las cosas. Si el numen es un prodigio, el prodigio se alzaba sobre todas las cosas como dotándolas de alma, haciéndolas palpitar de emoción. El numen es ancho como la tierra y alto como el cielo. El numen tiene las dimensiones del mundo. El numen flotaba en el aire; flotaba en la luz. Se mostraba a todas horas volando por el mundo como si fuera el alma del mundo y adentrándose en el corazón del poeta como entran los pájaros en las casas amables, acogedoras de los vuelos y los trinos.

El numen es en la Estética lo que el Paráclito en la religión. Es el animador, el Revelador. Así como del Paráclito fluye la gracia, el numen suscita la emoción. Gracia y emoción son mociones impulsivas del alma (obediente al divino motor) hacia la excelsitud, hacia la suprema belleza. El numen es ebriedad. El poeta y el profeta son poseídos por una influencia extraña a ellos que les dicta los versículos maravillosos. El lenguaje del poeta y el profeta es el de un hombre que no está en sus sentidos porque ha superado sus sentidos; está más allá de sus sentidos. El poeta no actúa conforme al sentido común porque obedece a la sugestión del sentido prodigioso y oculto de la esencia.

El lenguaje del poeta es con frecuencia ininteligible para muchos. El sentido común no lo entiende. Las palabras del poema expresan sólo la mitad de lo que ellas significan. La otra mitad está en el aura, en el nimbo de belleza con que el numen circunda las palabras. Entonces surge de las palabras la visión completa de belleza. Pero la visión de belleza sólo la tendrá el que, al leer, participe de la ebriedad del poeta creador; el que sea sensible a la dulce, arrobadora influencia del numen. Las palabras, insuficientes como son para expresar por completo el numen, son, sin embargo, ánforas que conservan la belleza que en ellas puso el poeta creador. Y de ellas se alza y despliega el numen —mariposa de luz— con la esplendencia con que se manifiesta bajo el cielo, en el esplendor del sol.

El numen, como la gracia, exige una actitud receptiva en el que quiera verse favorecido por él. No sólo una actitud receptiva, sino solícita, invitadora, apasionada. No es sólo un abrir del alma, sino vuelo del alma misma para salir al encuentro del numen. Vuelo del alma para aprehender el numen en el aire azul, para requerirlo de amores, para rendirlo por la adoración. La mitad del camino la hace la caza del numen, la pesquisa voladora en el tul celeste; y la otra mitad la hace la entrega lenta, dulce y tierna del numen. ¡Estaría bien que nos sentáramos laxos, inertes, con los ojos cerrados, esperando que toda la Estética del Universo venga a atronarnos los oídos con sus músicas prodigiosas! No; hay que alzarse con los ojos y los brazos abiertos para rendir al numen creador, para conquistar a esa señora, la más bella del mundo, que es la señora Belleza. Hay que lanzarse hacia las esferas luminosas. Hay que hacerse cazador de prodigios, aventurero de las praderas, peregrino de los caminos polvorientos, aviador de los sidéreos campos.

El numen es un don y el don hay que merecerlo, hay que ganarlo. Y el don se gana con esa actitud solícita, desinteresada, rendida, del ser. ¿Quién lo merece mejor que el numen? ¿Quién riega la tierra, quién hace escintilar los espacios, con un oro más puro, que el numen? ¡Qué hermosas esas fontanas de luz iridisada que el numen hace fluir de las almas! ¡Qué bello ese abrirse del ser —como una rosa al sol— bajo el influjo magnánimo y acariciador del numen! ¿Qué frutos hay más sabrosos y ricos que esos que crecen en los campos de la Estética, bajo el fulgor del numen: poesía, música, elocuencia, pintura, danza, donaires de la gentileza física y espiritual en las lides del Arte y el Amor?

¿Por qué el mundo entero no se convertirá a esa doctrina estética, a esa fe ideal, que hace de la vida una obra de arte, un cofre donde se recogen todas las bellezas del cosmos? ¿Qué mejor manera de resolver el problema social —tan feo y hosco— que alzarlo del ruin materialismo y transportarlo a la región de la Estética donde se ponen en armonía, en música, todos los conflictos? Verían entonces cómo el mísero pan se disuelve, se difumina, en un aire benigno que aparece todo florecido de sonrisas, de palabras amables, de gestos fraternos. La superación del pan, la transubstanciación del pan, la conversión del mundo a una Estética que pone por encima del oro terrenal el oro estelar, el fulgor sidéreo, la lluvia de gracia del Paráclito, la música inefable del numen (hálito divino), eternamente creador.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

Carlos Fernández Sessarego

y la Reforma Universitaria

(En *Rep. Amer.*)



Carlos Fernández Sessarego

La cuestión de la Reforma Universitaria es viejo tema de polémica en muchos países de la América Hispana.

Los países de nuestro Continente latino se han llenado siempre de inquietud ante el solo pensamiento de que la vieja piedra de mampostería que forma el edificio físico de las universidades pueda llegar a confundirse, por arcaico, por estabilizado, con la noble piedra espiritual que es la Universidad por dentro. Yo he visto en Venezuela discutir el asunto desde hace muchos años; también en Costa Rica está patente el deseo de iniciar y de discutir en sus diversos aspectos el asunto. Yo le he puesto merecida y gran atención al desarrollo de los acontecimientos, de orden espiritual y cultural, que se vienen sucediendo al margen de la Universidad. En el asunto de la Reforma ha tomado parte muy activa, desde su actual residencia de la ciudad de Lima, el joven intelectual Carlos Fernández Sessarego, autor de interesantes estudios sobre personajes de la cultura americana, y a quien el ilustre y recordado don Roberto Brenes Mesén le concedió el honor de un artículo sobre su obra *Peruanidad y Cultura* en el *Repertorio Americano*. Fernández Sessarego ha venido publicando en las columnas de los diarios costarricenses una serie de artículos muy interesantes y llenos de claro criterio, especialmente de criterio renovador, acerca de la Universidad como vivero de cultura y no como entidad estancada ante viejas prácticas ni mucho menos ante el hecho de querer convertir el recinto universitario en trampolín político.

Yo recomiendo no sólo a los alumnos sino a los catedráticos y profesores de segunda enseñanza, la lectura de los artículos de este joven, a quien considero un verdadero líder en América en lucha por la Reforma Universitaria. Fernández Sessarego no pierde una oportunidad para tocar el asunto, y así, en un bello discurso que pronunciara en una magna Asamblea de jóvenes universitarios y cadetes de las fuerzas armadas del Perú, ante la presencia de Su Eminencia el Cardenal de Lima, Monseñor Guevara, habla una vez más del asunto. De él son estas palabras: "Como el Hidalgo de la Mancha bregamos por la salvación de los valores de la Verdad, el Bien, el Amor, la Justicia y la Belleza". Verdaderamente reconfortante oír en labios de un joven tales manifestaciones de alta espiritualidad, porque en estos momentos en que se debaten en el mundo en lucha sorda contra las nobles fuerzas del espíritu las de la desorientación y del escepticismo, nos damos cuenta de que el pensamiento de los jóvenes de América está en guardia para defender sagrados y eternos principios de fuerza espiritual. En uno de sus artículos acerca de la Reforma, el joven líder universitario y culto escritor, enfoca un punto de los más tratados en el asunto reformista. Es el que se refiere a la política dentro de la Universidad, es decir, rechaza ese aspecto dentro de una Institución que es y debe ser apolítica, que no debe convertirse en ring de pasiones partidistas. Más bien la Universidad, como la admite Ortega y Gasset, es fuente de muchas ideas políticas, pero sin parcializar ninguna. Yo estimo que el estudiante en sí puede ser partidista de alguna política de su preferencia, pero dejarla a las puertas del aula. En la Universidad por su mismo sentido de ductora de culturas y de formadora de pensamientos, caben todas las ideas, las viejas y las nuevas; pero en ellas hay que respetar su misma universidad, ese pabellón que cobija las fuentes de la cultura y de la ciencia, incorruptibles al individualismo logrero, a los teorizantes, o aún más, a los militantes de una política en particular. Pensemos que la Universidad es un conglomerado de ideas y que dentro de ellas están los hombres actuando; pues bien, el profesor y el estudiante deben luchar porque ese respeto por la Universidad como sola formadora de culturas no llegue a desmoralizarse por las pasiones partidistas. La Reforma Universitaria es tema amplio, tema de mucha discusión. Va desde remozar los sistemas de enseñanza, muchos fosilizados por el Maestro repetidor de textos, sin directrices amplias ni sentido moderno de lo pedagógico, hasta los deportes que son el aire y el campo higienizantes dentro del sentido serio del aula; va desde el Teatro culturizante y formador del gusto o de la vocación hasta los Seminarios y Cursos Independientes; es decir, la Reforma Universitaria es inagotable, como son inagotables los ríos de cultura que riegan el organismo universitario. Y dentro de ella debe tratarse, con sumo cuidado, con paso muy seguro, el apoliticismo de la Universidad. Esto no quiere decir que profesores o estudiantes tengan sus ideas políticas, como bien lo define el joven Fernández Sessarego en su artículo sobre este aspecto de la Reforma, pero sí quiere decir que la Universidad es formadora de células, es fuente primaria para crear en el hombre una conciencia culta, para crearles del universo una Patria inmensa de la Cultura, para formar las ideas que mañana serán base para su preferencia en la lucha frente al mundo, pero no para envenenar con bajas pasiones el sagrado recinto de la Cultura.

Aquiles CERTAD.

En Lima, 1950.

Sueño adentro

(En *Rep. Amer.*)

grande oleaje tremante, a la hora de los musgos estremecidos, apaga tú también los faros delirantes

retira de mí esos símbolos con que me acoges y me devoras en silencio,

a los débiles naufragios del espanto, sigue el carro de llamas con que me arrollas y me escudas.

déjame, que me muero! he ahí las cálidas vertientes, los largos sueños abismados, su amapola nocturna, suspensa como un centinela.

algo cae en los vidrios de la angustia y una ala rota se deshace por sus aguas cuajadas.

yo camino en el aire, con las manos tendidas al silencio, como una sonámbula.

con qué hechizo me llamas? con qué agujas de cábalas me resucitas y me alumbras?

ay! es la hora del tiempo sin retorno, cuando todo perece y se desliza por las piedras como una agua callada.

viajo desde tiempos, en un vértigo extraño, amarrada a sus brújulas quemantes, adentro de su imán irresistible, su volcánico anhelo, fijo en mí, como una mirada.

y ya no sé sino su nombre poderoso, su arcoiris profundo atando mi soledad de cabo a cabo, toda entera en su signo.

ay! y tú que buscas, qué desciñes? te veo entre mis bosques silenciosos como un minero avasallante, desafiando alturas y raíces, tenso *el oído fino sobre el temblor inaccesible, buceando fieramente.*

del lado de los ríos tormentosos, vienen las pálidas columnas, deshojándose.

altas, sin embargo, sus voces resurgidas, desandan las secretas estaciones con su cauda de símbolos y músicas. Oh, no lo intentes!

sientes cantar a la que sueña, sentada en lo alto de su sombra, colgada su esperanza entre los mástiles como la estrella hacia la noche?

sientes rodar, venas abajo, sus suaves cauces desprendidos, vertiéndose a los fuegos caudalosos, como corolas designadas?

oh batalla de amor siempre ganada, su regocijo entra en mi soledad como el primer abanderado para establecer su poderío y renovar sus medallas.

a menudo es la que llora sin consuelo, su vestido flota entre los túneles como el de ánima en pena, y su sollozo nutre los amanecidos pechos de la noche, detenida en su duelo, vastamente.

no detengas a la que vaga, sueño adentro, y canta, atada a su destino, entre los árboles de la noche.

oh apaga los faros delirantes, que ahí viene, en silencio...

Olga ACEVEDO.

Santiago de Chile, marzo 1950.

Los hechos

(Copias y un recorte que nos llegan)

Bs. Aires, República Argentina.
Noviembre 7, 1950.

Señor don
Pedro Albizu Campos.
Penitenciaría.
San Juan, Puerto Rico.

Muy digno señor Albizu Campos:

El 6 de noviembre, ayer, intenté enviar a usted el siguiente telegrama:

"Buenos Aires, noviembre 6, 1950.

Pedro Albizu Campos,
Penitenciaría, San Juan, Puerto Rico.

Su sacrificio de cruzado me enorgullece como católico latinoamericano que conoció personalmente estragos de la prepotencia herética en Puerto Rico. Solidario con ustedes causa independencia isla cuya esclavitud debe concluir por decoro de la democracia. Desde mi suelo argentino saludo en usted pueblo católico martirizado, pidiendo la protección de Dios para sobrellevar tormentos hasta alcanzar la victoria que será de nuestra América.

Helvio Ildefonso Botana.

Calle Rodríguez Peña 1279, Bs. Aires".

La oficina norteamericana de cables "Western Union" se negó a trasmitirlo, si yo no aceptaba su censura, eliminando los vocablos *prepotencia* y *esclavitud*.

Confirman con esa actitud el concepto que tengo sobre sus libertades, pero me privan de llegar a usted con seguridad y rapidez en estos momentos duros de su obra libertadora.

Dios le guarde,

Helvio Ildefonso BOTANA.

El señor Botana es hijo del ya fallecido fundador y propietario del gran diario sudamericano Crítica de Buenos Aires, señor Natalio Botana, eminente luchador de la libertad y las causas justas. Helvio Ildefonso Botana ha escrito libros de excepcional calidad (La segunda alegría, Los pervertidores, Elogio de la burguesía, Cuentos con ángeles y demonios, etc). *Próximo a aparecer está su libro definitivo.* El Grano y la Viña, *valeroso e inquietante alegato humano contra las fuerzas perniciosas que pretenden el dominio del mundo, y probablemente la obra de exposición literaria más atrayente y sincera de las aparecidas como testimonio del pensamiento americano en los últimos años.*

✖

New York, 31st October 1950.

His Excellency Trygve Lie,
Secretary General of the United Nations,
Lake Success, New York.

Sir:

In view of the serious events reported here from Puerto Rico, a non-self governing territory under the administration of the United States of America;

And because of the precedents established by the United Nations in considering the cases of other non-self governing territories—Indonesia, Israel and Korea;

And because the situation in Puerto Rico, as in any conoly, is not merely a domestic matter;

And becanuse the trusteeship system of the United Nations states that the administrators of the territories " recognize the principle that the interests of the inhabitants are paramount", Article 73;

I beg you to urge the consideration of this most urgent matter by the United Nations under the power given you by the Charter under Article 99, and to place the case of Puerto Rico before that organ in the United Nations which you deem suitable.

I have the honor to be,
Sir,
Your obediant servant,

Thelma MIELKE, Observer.

UNITED NATIONS
New York.
NATIONS UNIES.

6 November 1950.

File Nº:
DPI 19/01017.

Dear Miss Mielke:

This is to inform you that we are today cancelling your acreditation as an observer for the Nationalist Party of Puerto Rico. Your pass is nonger valid.

Very truly yours,

(Signed) *J. B. Orrick*
Chief, Section for Non-Governmental Organizations.

Miss Thelma J. Mielke
Nationalist Party of Puerto Rico.
84 Horatio Street, Apt. 3-B.
New York. New York.

✖

La Academia Militar Jefferson Davis en Mississippi acordó aceptar 50 millones de dólares donados por un petrolero que posee plantaciones allí. Para obtener el dinero, la Academia debe acordar prohibir el acceso a los negros y enseñar la "supremacía blanca" y la filosofía de la "libre empresa". Debe excluir a los comunistas o a "personas con relaciones comunistas".

De este modo, un esclavista que extrae 50 millones de dólares del trabajo de los obreros negros y blancos, utiliza ahora su explotación para inculcar las ideas del lynch y de la oligarquía financiera en los estudiantes, muchos de los cuales se convertirán en oficiales del Ejército norteamericano.

El unir la prohibición anti-comunista con la segregación de los negros es completamente lógico desde el punto de vista del asustado esclavista, ya que es cierto que los comunistas combatirán contra la teoría de la "supremacía blanca" con todas sus fuerzas.

Esta salvajada, por supuesto, no preocupará al mundo oficial de Washington. Nadie dirá allí que todos los graduados de esta escuela de envenenamiento racial deben ser excluídos de West Point y del Ejército norteamericano. Por el contrario, esos robots llenos de odio probablemente serán bien recibidos como oficiales en los cuales se puede confiar sin reservas para conducir la guerra fría —o la guerra caliente— contra el comunismo.

¿Qué cosa más segura puede tener un imperialista que un joven linchador de Mississippi determinado a asesinar a las "razas inferiores" en nombre de la gloria de la "libre empresa"? En la filosofía de la escuela del lynch de Mississippi puede encontrarse la filosofía de la guerra fría. El mundo comprenderá eso perfectamente bien.

(*Hoy*, Habana 30 - X - 49).

Sobre la envidia

(En *Rep. Amer.*)

El odio es vidente y segrega como una anti-poesía sobre el odiado. Es clarividente de lo negativo y no valioso. Ve en la sombra como los tigres, y para ver mejor, anda de noche. Donde se proyecta se apaga el mundo. No es que deje el mundo neutro o gris como el inapetente y el taciturno, sino que el que odia todo lo ensombrece y denigra. Pero a la persona odiada la ve fulgurar con luces de fósforo, con brillos luciferinos, centrando un mundo de sombras... El amor es charlatán, cancionero, irisado, cálido, entusiasta. El odio busca el silencio, la oscuridad, el frío, el desconocimiento, la desvalorización, lo informe, todo lo negativo del mundo. Y así como el amor es juguetón, el odio es taciturno. El amor cuando culmina se resiste a designar al amado por su nombre, como si esto fuera una onerosa limitación. Así el odio, se resiste también a nombrar al odiado, temeroso de darle vida al darle un nombre. Y tampoco es el odio "vita nueva" sino vida envejecida en sus formas definidas.

Tal ocurre con el rencor, palabra derivada del "rancor", mal sabor, como si el odio comiera y saboreara. De "rancor" deriva "rancio", lo viejo y pasado y nauseabundo. Y de la misma palabra deriva "rango" (palabra no admitida por el Diccionario de la Academia) jerarquía nacida de lo rancio. Por eso la Nobleza aspira a tener rango, ranciedad en la ascendencia. Y por eso también es rencorosa como clase, porque embodega sus sentimientos de lucha en la política y así fermentan en rencores aristocráticos de círculos cerrados, no menos rencores que los de la clase obrera, que ha vivido mucho tiempo almacenando odio, convirtiéndole en los vinos agrios del rencor. Un modo de reconciliar las clases es pues, ponerlos a comer en la misma mesa. De ahí que los romanos en determinadas fiestas se sentaran a la mesa de sus esclavos y les sirvieran la comida. De ahí la costumbre de los Reyes de dar de comer a un número de pobres en ciertos días. Y de ahí la nueva costumbre española de que un día al año se sienten empresarios y productores en un mismo yantar. Es que así pueden airearse los rencores.

No puede confundirse el odio que es un estado permanente, con la ira que es una explosión a veces sin carga subterránea, sino sólo un sismo orgánico de somerísimas raíces. Mientras que la ira es pasajera o accesiva, el odio — en cualquiera de sus formas, pero sobre todo en el rencor o el resentimiento — permanece oscuro y silencioso. A lo más, la ira llega a ser la pirotecnia del odio intrascendente, un odio sin cuajar que salta hecho astillas en los nerviosos exteriores. Tal ocurre con los que no tienen densidad bastante en su varonía para mantener sus impulsos destructores como un estado; o que teniendo una pequeña porción de odio — según su pequeño impulso de destrucción — lo han guardado y abrigado y sofocado hasta hacerlo fermentar y reventar en una explosión por recalentamiento... Es el rencor, que se llama, en su forma general, *resentimiento*, porque es un sentimiento que se acaricia y se vuelve a sentir reiteradamente como un paladeo en la oscuridad. Hay quién no tiene potencial bastante para experimentar un *asco* y experimenta un *asquito*. Así hay quién no es capaz de un odio, tenso, enérgico, avizor, y lo resume en rencor que es menos violento, más callado, pero más terrible, por eso, en su expresión.

Y tampoco puede confundirse el odio con la envidia, pues esta es solo una forma de aquel. Simmel, es quién mejor ha estudiado el odio, en su "Sociología" aunque de modo incompleto. Teodoro Reik que expone y explica el odio con mucha oscuridad, (Max Scheler apenas si le dedica unas líneas siempre Vargas) llega hasta mezclar la admiración con la envidia entendiendo que todo el que admira a otro es que le envidia. Aparte que en toda admiración suenan formas de envidia según la ambivalencia general del sentimiento, es insostenible admitir que la admiración sea envidia, y ésta admiración. No porque con el amor viajen formas de odio, hemos de entender que el odio es una forma del amor o viceversa. La admiración es un ver, un mirar, un *ad-mirar*, mientras la envidia (de *in-videre*) es un no ver, un no querer ver, o un ver sólo lo negativo en la persona envidiada. Lo que hay en la admiración es emulación, forma positiva, pero no envidia.

Y es que ocurre que, en general, hablamos todos de las pasiones humanas y no creemos poseer ninguna de ellas, o poseerlas en grado mínimo. Tan indulgentes somos para nosotros mismos. Sentidas desde dentro, nuestras propias pasiones nos parecen *debilidades*, caprichos sin importancia, veleidades de escaso voltaje. Y de todas lae pasiones, la envidia es la que nadie cree poseer y es quizás la más humana y extendida entre los hombres. Lo que pasa es que solemos denominarle "admiración", "emulación", "celo", todo menos lo que es, envidia. La envidia es la gran pasión humana, el pecado de Caín. La pasión única que el hombre oculta y ni en los más cínicos se confiesa, es la envidia.

Pedro CABA.

Héroes sin hazañas

Por *Víctor ALBA*

(En *Rep. Amer.*)

Le hicieron sentar en un sillón.

—Espera aquí... ya te volveremos a llamar y entonces veremos si no cantarás.

De momento, fué una sensación deliciosa, como si hubiera perdido el cuerpo. Pero luego, al moverse, se dió cuenta de que todo le dolía.

Estaba completamente molido. Sentía frío por dentro, y un par de martillos le golpeaban las sienes.

De lejos llegaban voces de chiquillos, bocinazos... luego se cerró una puerta.

Pasos y otra vez la misma voz de antes.

—Siéntese aquí...

Unas manos movieron otro sillón y lo colocaron respaldo contra respaldo con el de Juan. Luego, los muelles chirriaron, al recibir el peso de un cuerpo.

Por delante de la puerta pasaba y repasaba el polizonte.

—Probablemente quieren ver si nos hablamos — pensó Juan —¿Quién será?

Intentó mirar de soslayo, pero con un ojo es difícil ver lo que se tiene detrás.

Se acurrucó en el sillón y se puso de lado, con la cabeza apoyada en un brazo, de espaldas a la puerta. Sin abrir casi los dientes, dejando que la saliva vibrase entre ellos, susurró.

Silencio. El otro debía vacilar. Por fin, la respuesta, muy queda:

—Fermín.

¡Fermín! Vió sus ojos miopes y sus dientes de conejo. ¡También él había caído!

—¿Te han preguntado por Carlos?

—¿Quién eres? — fué la respuesta.

—Juan...

—¡Ah! Sí...

—¿Sabes donde está?

—No. Y lo buscan mucho.

—Ya lo sé. Y sé donde está... — una pausa. —Tengo miedo... Si vuelven a pegarme... Ojalá tuviera algo con que liquidarme... me lo han quitado todo, hasta los lentes.

Otra pausa. Fermín se quedo mirando a la pared. Una desconchadura se le antoja formar el rostro de un guerrero borracho apoyado en la bandera... quizás la cabeza del Bautista... Por fin se decide. Encogiéndose más, se ocerca lentamente la mano al ojo izquierdo. Es de cristal. Una bala le arrancó el verdadero. Se lo quita y con gesto rápido, lo acerca a la mano del otro, que pende en el sillón.

—Toma. Hay un agujero tapado con goma. Arráncalo con los labios y bebe...

Otro silencio.

—¡Gracias!

Juan calla.

Fermín, como no sabe nada, nada podrá decir, por mucho que le peguen.

El polizonte sigue pasando acompasadamente por delante de la puerta. Los detenidos rebullen en sus sillones.

El ojo de cristal ya no contiene las diez gotas de láudano concentrado que Fermín le puso una vez, por si acaso.

Y Carlos estará seguro.

x x x

Quisiera dedicar este relato, que no es cuento, a Juan, que supo morir, a Fermín, que supo vivir, y a Carlos, que supo inspirar a ambos sus gestos *máximos*.

Tres españoles. Tres entre veinticinco millones.

Eso sucedió no hace mucho, en 1950, en una cárcel secreta de la Falange, en Barcelona.

Sucedió simplemente. Hasta ahora, ningún periódico ha publicado nada acerca de ello.

Aos escritores e poetas

O conhecido escritor e poeta português Sr. A. Garibáldi, está trabalhando numa antologia da literatura brasileira, da América-latina e da Espanha, razão porque levamos ao conhecimento dos escritores e poetas nossos conmpatriotas de que devem dirigir os seus livros, devidamente autografados, bem como outros informes literários, áquêle escritor luso, para a seguinte direcção:

A. GARIBALDI (Maximinos) —Braga (Portugal)

Transformación de hábitos y costumbres en las democracias modernas

(En *Rep. Amer.*)

Toda forma de obediencia resignada y servil es negación del espíritu democrático. Donde hay mujeres ignorantes la democracia es un hecho superficial y un constante peligro.

El desarrollo de los medios mecánicos, el desarrollo y la difusión de la riqueza, el aumento de los transportes en común, de los espectáculos comunes y de revistas y diarios del mismo tipo determinan una uniformidad de vida y de costumbres. La democracia aun antes de ser una idea es un sentimiento y nada forma el sentimiento como la supresión de las barreras hereditarias, la uniformidad de las costumbres y de los gustos y la supresión de las grandes distancias entre los modos de vivir de los hombres de la misma sociedad.

La difusión de la instrucción y la participación de las mujeres en la producción y en la política, han dado a estos cambios un carácter todavía más profundo y han hecho muy difícil una vuelta atrás de la civilización democrática.

Si la democracia en todas sus formas no puede existir ni durar sino con un desarrollo de ideas, costumbres y hábitos, una educación democrática no puede formarse duramente sino donde las mujeres tienen derechos iguales a los hombres y pueden educarse e instruirse libremente. En los países modernos, se ha extendido la instrucción a las mujeres, y éstas han conquistado la igualdad frente a las leyes civiles, y en muchos países, la igualdad de derechos políticos. Este hecho es completamente nuevo en la historia de la humanidad. No hay ningún ejemplo pretérito de una república en que hombres y mujeres hayan participado sin ninguna diferencia en la vida de la ciudad, frecuentando las mismas escuelas, trabajando en las mismas oficinas, votando con los mismos derechos que los hombres. La proporción de las mujeres que hay en el mundo es poco distinta a la de los hombres; pero en muchos Estados de Europa constituyen un número notablemente superior al de los hombres. Anteriormente mientras media humanidad permanecía encerrada en la ignorancia y en la tradición, en las prácticas de la tradición y religión y en las exigencias de la familia, ningún progreso resultaba verdaderamente estable, sobre todo en el orden político. La idea de que la mujer sólo debe ser esposa o amante y de que no tiene más tarea a realizar que criar a los hijos, la idea de su ineptitud y de su incapacidad para otras funciones que no sean las del amor y la maternidad, ha durado mucho y dura aún en muchos países.

Aun cuando las mujeres recibían alguna instrucción, casi era solamente una instrucción religiosa. En los países católicos, sobre todo, las mujeres debían ocuparse únicamente de las cosas de Dios y de la familia. Fácilmente se comprenderá que la educación de los niños tenía que resentirse de esta situación. La madre, mucho más que el padre es la que forma los primeros sentimientos y las primeras ideas del niño. Una madre ignorante, sólo acostumbra a la obediencia, obediencia al marido, obediencia a la iglesia, obediencia a la tradición, no podía inspirar más sentimiento que la obediencia. La democracia está hecha de disciplina, pero también está hecha de libertad; es una disciplina voluntaria y consciente. Toda forma de obediencia resignada y servil es negación del espíritu democrático. Donde hay mujeres de los países católicos, que ignoran cuanto es ajena a la familia y no tienen más luz espiritual que las instrucciones del confesor, no tienen ni pueden dar más educación que la que han recibido, o sea una educación de servidumbre.

Mientras las mujeres eran educadas para servir al hombre y para cuidar la casa y mientras no les era posible ninguna participación en política ni podía realizarse una verdadera democracia. Ahora las mujeres que trabajan en el campo, en las oficnas, en los comercios, en las administraciones, son millones, y en algunos países llegan a la mitad y hasta a las dos terceras partes del número de los hombres. Según las últimas estadísticas, casi no hay ninguna actividad a que no se hayan dedicado las mujereres. Observando la distribución de las profesiones, se ve el camino que recorren hoy las mujeres. En las profesiones liberales de algunos países el número de mujeres ha llegado a superar al de los hombres. Las aptitudes medias de las mujeres no resultan, en general, inferiores a las de los hombres, y si bien hasta ahora faltan o son poco numerosas las aptitudes excepcionales, ello no impide que el trabajo, femenino alcance cada día más importancia y se eleve más. Desde un principio ha sido, sobre todo en la industria objeto de la más atroz explotación, con lo que el menor precio del trabajo femenino con rendimiento igual, fue causa de que se prefiriese a las mujeres. Pero éstas han aprovechado todas las agitaciones del trabajo, y actualmente, en los países civilizados, no se hayan en situación distinta a la de los hombres.

La independencia económica es la base de la independencia política. Cuando las mujeres han tenido intereses patrimoniales que defender y posiciones que proteger; cuando han frecuentado las escuelas con el mismo y a veces mayor aprovechamiento que los hombres, se ha manifestado con una necesidad de lucha por la conquista de los derechos políticos. En casi todos los países modernos la situación de la mujer ha sido equiparada por la ley a la de los hombres; pueden participar en todas las formas de actividad económica y gozar de los mismos derechos políticos.

El hecho nuevo consiste en que todas las mujeres reciben ahora una instrucción y todas participan en la vida de la sociedad no como domésticas, amantes o hetairas, sino como seres humanos libres y dotados de una voluntad independiente. Este hecho es una completa novedad en la historia y constituye la base principal de la transformación democrática. Para la sociedad, considerada en su conjunto y no como dominio del hombre sobre la mujer y como, en la concepción pesimista, el dominio arbitrario y violento de unos cuantos hombres sobre muchos hombres, la mujer es el elemento más esencial, no sólo, porque determina más que los mismos hombres la educación de las nuevas generaciones, sino porque conserva y desarrolla más los ideales de cada grupo nacional.

Así como en el pasado las mujeres formaban el alma religiosa, sólo ellas son las que pueden formar el espíritu civil. Si el progreso consiste sobre todo en la elevación moral y la democracia en la libertad, y en el espíritu de tolerancia, sólo la elevación de la mujer puede hacerlos posibles. La historia del matrimonio, considerada en su desarrollo, es la historia de una relación en la que las mujeres han triunfado gradualmente de las pasiones, de los prejuicios y de los intereses egoístas de los hombres. A nuestra vista se ha realizado una inmensa transformación, tanto en las condiciones nautrales de la vida como en las fuerzas que actúan. Ya no hay dos partes de la humanidad, una de las cuales dispone en todos los países de todo, mientras la otra obedece siempre. Y la situación de crecientes independencia de la mujer hace posible una concepción civil de la sociedad. Pero todos, hombres y mujeres, substraídos al peso secular de la separación impuesta por las leyes y por la tradición, tienden hacia la misma meta, y nuevas fuerzas y nuevos hechos, imprevistos hasta ayer, transforman las costumbres, aun por encima de nuestra voluntad y preparan sociedades democráticas mucho más sólidas y poderosas.

Celina VALERIN A.

Cartago, diciembre de 1950.

"Repertorio" de medio siglo

Por *Carlos Luis SAENZ.*

Señor don Joaquín García Monge.

Muy estimado don Joaquín:

Repasar *Repertorio Americano* nos resulta siempre una tarea grata y pródiga en sugestiones y entusiasmos. Aquí le envío esta primera impresión; se refiere a los poetas. En una próxima, pasaremos revista a los prosistas nacionales que colaboraron en *Rep. Amer.* durante el año 1950. Si hay tiempo intentamos revisar otros aspectos del tomo XLVI, dignos a nuestro juicio de señalar por su interés. Su *Rep. Am.* siempre tiene ¡y mucho!, que releerle.

El repaso del tomo XLVI (*Repertorio Americano* de medio siglo), entre muchas otras cosas, nos permite tomarle el pulso a casi todo lo mejor de la producción literaria nacional durante el año 1950. Ninguna otra de nuestras publicaciones nacionales se presta tanto para el caso como su *Rep. Am.*

En poesía, entre los 22 autores costarricenses que publicaron en ese tomo, descartando tres firmas de escritores ocasionales, para nosotros parecen definirse tres grupos caracterizados por sus tendencias estéticas. Esos grupos los constituimos así:

a) Los que en el mester poético educan sus lirismos ajustándolos al ímpetuo romántico.

b) Los que en su expresión formal siguen los cánones de la poesía cslásica moderna.

c) Los que acogen en sus creaciones los todavía no cristalizados paradigmas de la poesía nueva, actualísima.

Siguiendo tal criterio, que no tiene pretenciones de definitivo inventario, incluimos en el grupo a) a los siguientes autores: Albertazzi Avendaño José, Cordero Jinesta Rodrigo, Jugo L. Román y Torres Marín Héctor.

El grupo b) nos resulta integrado por Cardona Rafael, Vincenzi Alfredo y Vincenzi Moisés.

En el grupo c) anotamos los siguientes nombres: Andino Pedro, Bolaños Pilar, Brenes Hilarov Fresia, Briceño Ruth Ligia, Cardoña Peña Alfredo, Centeno G. Fernando, Dobles R. Fabián, Jenkins D. Eduardo, Jiménez C. Salvador, Montero Vega Arturo, Picado Mario, y Villalobos Arce Guillermo.

En el grupo de los románticos — puro impulso que no elige formas, que usa las ya hechas y acostumbradas desde Núñez de Arce hasta Bécquer y algo de Rubén, — Albertazzi Avendaño José, nos da su nota de dolor en el exilio: sentimiento de ausencia doble, lámpara votiva sobre una tumba amada, siguiendo la técnica que ha predominado en toda su obra anterior.

Cordero Jinesta Rodrigo, parece ir por los senderos de la "noche obscura del alma"; a veces, como en "Simil" con inocencia pueril poco acertada.

Jugo L. Román, dispara sus emociones sin ahondarlas, en un primer plano de fuerza viril, falto, eso sí, de espejos en donde captar matices fugaces de íntima originalidad.

Del grupo b) Cardona Rafael y Vincenzi Moisés, tienen a su haber obra literaria amplia y conocida; para enjuiciar sus colaboraciones en el tomo de *Rep. Amer.* que revisamos, habría que trazar su historia como aspectos integrantes de la misma.

No es el mismo caso con Vincenzi Alfredo, quien llega a las letras nacionales con su voz reciente, todavía llena de promesas. Sus linajudos sonetos nos traen a la memoria la manera de Lugones y de Chocano, también de J. Eustasio Rivera, cuando en los 14 versos clásicos entregaban fastuosamente sus bien ceñidas vivencias estéticas.

En el tercer grupo, con obra anterior de excelente calidad poética, señalamos a Cardona Peña Alfredo, (ver su poema "Lectura de Pablo Neruda"), a Dobles R. Fabián (ver su poema "Canto a la Raíz Bajo nosotros"), a Centeno G. Fernando (Ver sus libros recientes, sobre todo, "Evocación de Xande"). (En este grupo, por afinidades y calidad de la obra artística, hemos de agregar a Ninfa Santos de Abreu Gómez, cuyo poema "Amor quiere que muera" la define como una de las mejores poetisas de nuestro continente).

Pedro Andino, Pilar Bolaños (salvadoreña a quien ya contamos como nuestra) y Montero Vega Arturo, en este grupo, se caracterizan por su inquietud social, por su enfoque de la poesía como fin y medio de exaltar la dignidad humana.

En Brenes Hilaroy Fresia y en Jenkins Dobles Eduardo, el ambiente norteamericano deja su presencia; a veces, en Brenes Hilarov Fresia, principalmente, se percibe un desentono que nos parece el resultado de volver al español, su lengua materna, desde su segunda lengua materna, el inglés. Señalamos en Brenes Hilarov Fresia el magnífico poema "Emigración".

Ruth Ligia Briceño sigue en su inicial de rocío temblante.

Jiménez C. Salvador, Picado Mario y Villalobos Arce Guillermo definen con virtud prometedora sus personalidades líricas; se están encontrando; es de desear que no se pierdan o enmudezcan.

×

Treinta y tres costarricenses, con sus escritos en prosa (una o varias colaboraciones cada uno), estuvieron presentes en *Rep. Am.* de medio siglo, tomo XLVI.

En el difícil y virtuoso género del cuento, además de Salazar Herrera Carlos, con obra de calidad bien establecida, de Jugo L. Román, novelista y cuentista, efectivo, *Rep. Am.* nos ha ofrecido tres nuevos nombres: (dos mujeres jóvenes): Canossa Mora Ermida, Moreno Ulloa Graciela y Rodríguez Marco Tulio.

Los cinco cuentistas, hecho digno de destacar por lo que revela de orientación y conciencia literaria, tienen los ojos y los oídos puestos en nuestro ambiente y saben captarlo con gracia y originalidad; continúan así el rumbo abierto por Magón y García Monge. En sus relatos, nuestro campo y nuestro campesino, nuestro hombre común, merecen el primer plano emotivo. Tanto Canossa Mora Ermida como Moreno Ulloa Graciela, en la fase inicial de su creación ambas, demuestran pericia y conciencia. (Ver de Canossa Mora su cuento "Celos"; de Moreno Ulloa, su cuento "La Misión").

En el género que pudiéramos llamar "documentos vivos", acerca de autores nacionales, tan importantes por su palpitante vida, Luisa González nos regala una admirable página: "Cómo conocí a Carmen Lyra". (Hay otro recuerdo vivo de Carmen Lyra escrito por el educador argentino Julio R. Barcos). ¿No le parece, don Joaquín, que muchos de los numerosos amigos de Carmen Lyra deberían seguir el ejemplo que nos da Luisa González?

El otro documento vivo nos trae la presencia de don Rogelio Sotela, el jovial poeta cortejante del misterio trascendental, ido cuando menos los esperábamos, evocado con ternura ejemplar por su compañera, doña Amalia, quien vive la ausencia del señor querido y del artista admirado, en presencia de llama votiva de fulgores prennes.

En las disciplinas del pensar filosófico moderno, don Alejandro Aguilar Machado, ahonda en breves ensayos, recogidos luego en cuerpo de libro y de doctrina, su interpretación del Historicismo.

Cardona Peña Alfredo, buen prosista, lector agudo y con hallazgos, nos da sus "recreaciones", comentarios al margen de viejos y sabios libros, conocidos unos, otros casi olvidados. Nos quedamos en espera de nuevas recreaciones.

Con el título general de "Esto les digo", Juan José Carazo sabe sintetizar su madura experiencia (observaciones y reflexiones en vivo), en una serie de parábolas al estilo de las de Ghibrán, con un buen aprovechamiento del pensar y sentir del pueblo (sabiduría vasta) que le es consubstancial.

De nuestro folklore tenemos dos producciones: una leyenda boruca, recogida por el inteligente y diligente Pedro Andino y una pieza dramática costumbrista de ambiente guanacasteco, escrita por Aider Fonseca Obando, maestro normal que ama su provincia natal y le da expresión en su cariño, siguiendo el ejemplo de doña María de Noguera, quien lo presenta a los lectores ...alando el hecho de que Fonseca Obando ...ormó en aquel plantel de fermentos culturales en donde el inolvidable Omar Dengo era la chispa animadora de los jóvenes con espíritu.

El comentario de autores y obras nacionales y extranjeros, literatura, arte, historia, que entraña, claro está, apreciaciones filosóficas y estéticas, fué especialmente abundante: Fresia Brenes Hilarov, sobre Juan Sebastián Bach; Cardona Rafael, tres cartas en que a propósito de su último poema "Estirpe" define algunos de sus principios filosóficos y estéticos; Dobles Fabián enfoca con muy buen juicio el sentido artístico permanente del arte representativo de Walt Disney; Jorge Guier dedica una meditación a la obra de Vicente Van Gogh, ese santo-loco de la pintur; Prieto Emilia presenta a Graciela Moreno Ulloa y nos da una de sus estimabilísimas páginas dedica con sentido de actualidad a Marina Gamba, Zavaleta Antonio recuerda la iniciación en las letras de Rafael Cardona; en un prolijo artículo Ramos Lilia nos da un estudio acerca de la novelista y cuentista Yolanda Oreamuno. cuya obra, para decirlo con la sintetizadora frase común "ha pasado nuestras fronteras".

De nuestra propia cosecha anotamos el artículo "Hoja por Hoja", revisión del tomo XLV de Rep. Am., año 1949.

Opiniones —que *Repertorio Americano* es reconocido convivio de opiniones, sin miedo a las ideas—, sobre filosofía, sociología, política, ciencias jurídicas, actualidades, etc., aparecieron sustentadas por los siguientes autores: Cercone Carmela, de Santi León, Fernández Sessarego Carlos, Hernández Rubén, Mora Elena, Núñez Solón, Valerín Celina, y Villalobos R. José Francisco.

Esta revisión quedaría en cierto modo incompleta si no anotáramos a dos autores españoles (¡y republicanos!) que han hecho patria en la nuestra, ambos arraigados a su suelo ya desde años: don Víctor Lorz, viejo unamunesco por más de una semejanza, y don Lorenzo Vives, catalán fervoroso, irremediablemente quijotista.

Hemos de agregar todavía el nombre del profesor don Samuel Arguedas K., residente en México, quien para *Rep. Am.* tiene el cuidado de enviar colaboraciones de valiosa embergadura. Lamentamos en este tomo la ausencia de sus sintéticas y originales reflexiones, elegantes y con fisga.

Anotemos finalmente y con viva satisfacción, que entre las treinta y tres firmas, once son de mujeres, inteligentes y vigilantes; ¡buena seña para el futuro de la patria!, ¿no es cierto espíritu de Hostos?

——o——

Releyendo el tomo XLVI, en lo nacional, nos parece interesante anotar las siguientes noticias:

Muerte del eminente historiador y literato don Ricardo Fernández Guardia, cuya obra merece, por parte de nuestros estudiosos, la atención de una crítica que todavía no se ha escrito.

Muerte del autor de la letra del Himno Nacional, don José María Zeledón, "Billo", en cuya obra la interpretación poética de la infancia es de lo mejor.

Muerte del sabio Pittier (Henry), acaecida en Venezuela. ¡Mucho le debe Costa Rica a Pittier! ¿Qué joven costarricense le hará el homenaje de releerlo, de anotar con acierto sus valores positivos en el conocimiento de nuestra naturaleza e historia?

Al escritor y amigo el salvadoreño Trigueros de León, que nos visitara, le agradecemos su semblanza acerca de don Joaquín García Monge, documento vivo de sincera amistar.

El poeta del "Canto General", Pablo Neruda expresa su estimación para el escritor nacional Carlos Luis Fallas por su obra, que hace época en las letras nacionales, "Mamita Yunai".

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mia de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Aún sentimos el sabor a tamarindo que nos llegó en el aire del trópico; percibimos el talle que hace silencio en la tarde callada, cuando acurrucado nuestro pensamiento, alarga los dedos el deseo hasta los brazos de esmeralda de la palmera vigilante. Esto, merced al poema que Pellicer Cámara leyó en la última sesión del Pen Club. A este poeta la armonía de las formas exteriores le sugiere representaciones ideales, que vienen a incorporársele como hijos de luz y a aumentarse con todas las vibraciones de su *yo*, para brotar luego, como en surtidores de belleza, materializados y vibrantes. He aquí este cuarteto:

Junio, voz de la luz, mitad sonora,
negra entraña terrestre en surco abierta,
eres la desnudez sangrante y cierta,
palomar de mi voz descubridora.

Estas representaciones ideales, en las que abundan las metáforas de los sentidos: "voz de la luz" e imágenes admirables: "palomar de mi voz descubridora", no expresan para Carlos Pellicer Cámara los objetos, sino el conjunto de cualidades esenciales y es por esto que su poesía deja en nosotros una impresión particular que él siente en la forma, su razón íntima y sus relaciones, y lleva todo lo que nos sorprende a la altura de la imagen depurada.

Pellicer bien puede decir: vengo de mis palmeras y traigo en el corazón la voz de mi sol, el estruendo de mis ríos y el grito azul de todos los horizontes entre mis brazos fuertes, hechos de diamantes para aprisionar la belleza que vuela por encima de mis montañas. Así lo sentimos en estos tercetos:

Si en mi brazo alisté la fuerza alegre
de torcer una rama por ver el cielo,
tírame el dardo que tu azar integre.

Abrí todo mi pecho a tu diamante
y a ti me lanzo devorando el vuelo
de tu anchura perdido en un instante.

Poeta: relámpagos encarcelados en urnas de cristal son tus versos, regueros de luz que dejan la impresión del instante luminoso y diáfano; cuando vueles a tu región de ritmo y de fragancia, a tu paraíso, a tu junio, en donde es más clara la visión de las almas, bajo la sombra verdeoro del caimito y del plácido tamarindo, al arrullo de las fuentes de cristal, escucha estas palabras, como hojas de laurel para tu frente triunfadora.

x x x

En moldes precisos y pulcros ha vaciado sus inquietudes poéticas otro lírico de nuestra época y de nuestras delectaciones: Vicente Echeverría del Prado, dueño y señor de un lenguaje geométrico en donde el vocablo tiene su línea y su ángulo, para lograr siempre el teorema de la belleza, ya con la metáfora de oro que sale de su cerebro azul, ya con la musicalidad de las voces: juegos de derivación que a veces dejan el encanto de la música de los cristales. Este poeta siente la necesidad de vivir un mundo que no sea el circundante y dice:

Eres lo que se va, lo no llegado,
lo que fué de no ser, lo que se queda
como la vida bajo un chal de seda
en el arcón de un pétalo cerrado.

Eres lo que se vive tamizado
como el amanecer en la arboleda:
luz de la hoja que en la luz se veda
con el bosque del sueño entrelazado.

Te arraigo en una sombra de partida
para que en ella quede la frontera
de un corazón de forma desvivida,

y pongo en la esperanza pasajera
el plazo de una playa suspendida
para darle la vida de otra espera.

La poesía es siempre simbólica, puesto que expresa ideas abstractas por medio de imágenes; pero un símbolo no existe como tal, sino a condición de ser bien comprendido. La disciplina que cultiva Echeverría en la vida prosaica le habitúa a ver símbolos en lo más abstracto y a explicarlos en el misterio pitagórico o en la obra plástica, y esto lo hace con facilidad, por la grandeza de la idea que expresa y por la claridad de los medios de que hace uso, aprehendiendo lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual.

Oídlo:

Si apagaras el eco por llamarme,
como la tarde en su clamor se pliega,
yo haría de la vida que no llega
un camino sin fin para quedarme.

Si me llamaras con un grito ausente
para que sólo el aire lo dijera,
se tendería la palabra en puente

cerrando a su paisaje la vidriera
como si el paso de un afán latente
por no gastar el sueño se durmiera.

Esto de atribuir vida a lo inanimado es un rasgo simbolista de su poesía que suele aparecer paralelamente o entrelazándose con el impresionismo de algunos de sus poemas:

Señor, te conocí desde mi cuna
te vi previsto en ojos franciscanos
y supe de la almendra de tus manos
por la piel que dejaron en la luna.

Echeverría del Prado no viste sus poemas con ropaje vistoso, el lenguaje de este poeta ha sido trabajado con primor y embellecido por su elevación y singularidad. El idioma fino de nuestro lírico expresa sentimientos de igual calidad: las cosas hermosas del mundo, la salida del sol, el amor, tienen para él un relieve más acusado y suscítanle una reacción más rápida y noble. Gran potencia visual y unas alas fuertes y sonoras son atributos propios del poeta Echeverría, que conoce de Garcilaso los secretos y de Sor Juana las sutilezas.

Esta tarde es como una ánfora lírica en la hora nona, que vosotros, dueños del ritmo, de la gracia y del pensamiento, la hacéis mensaje de belleza y augurio de mejores días para nuestra América.

Raúl Cordero AMADOR.
PEN Club - México.

6-II-1945.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura

Dos líricos americanos

(En *Rep. Amer.*)

Como envío de César Andrade y Cordero (Aptdo. 197. Cuenca, Ecuador):

El canto del destino. Por Jacinto Cordero Espinosa.

...*Tranquila sombra*. Por Arturo Cuesta Heredia.

Ambos cuadernos en la Colección *Elán*. En las publicaciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Azuay.

En el Ecuador prosperan y dan la norma estas Casas.

✖

Gilberto Barrios y Gabriel Urcuyo, en Rivas, Nicaragua, han sacado una *Antología Poética Rivense* (1950). Noticias, referencias, 12 poetas presentados y 52 poesías.

La recomendamos.

✖

Alfredo Ortiz Vargas, ya conocido de nuestros lectores, en Kansas City (Universidad): *Crepúsculos lluviosos*. Bogotá. 1948.

Con este epígrafe de Mira de Amescua: *Breve bien, fácil viento, leve espuma.*

Busque este libro.

✖

En las Ediciones "Orígenes" de La Habana, 1949:

José Lezama Lima: *La fijeza*. Viñetas de René Portocarrero.

Meditaciones bien trabadas en verso y en prosa; poesía y filosofía.

Fíjese en este autor. Sus señas: Trocadero 162. La Habana. Cuba.

✖

La Colección "Los Clásicos del Istmo", en las Ediciones del Gobierno de Guatemala, sigue su camino de luz. Acaba de publicar (Guatemala, S. A. - 1950) las *Fábulas* de Rafael García Goyena. El Prólogo, la Bibliografía y las Notas son de Carlos Samayoa Chinchilla, guía certero, Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala. De la Biblioteca hemos obtenido el valioso regalo. Lo agradecemos y estimaremos como se debe.